

# FUENTES HISTÓRICOS-ESPIRITUALES DE LOS SIERVOS DE MARIA

## II

Del 1349 al 1495



Provincia Mexicana OSM

Revisada en 2018

# FUENTES HAGIOGRÁFICAS

## 1

### PREMISA

Las fuentes hagiográficas del primer siglo de historia de la Orden de los Siervos de santa María (hasta el 1350 aproximadamente), comprenden algunas narraciones o *leyendas*, como se conocían en el lenguaje medioeval, es decir, historias dignas de ser leídas. De hecho, éstas transmiten una enseñanza rica de sabiduría evangélica, que se concretiza en algunas figuras de santos que han dejado a la posteridad una preciosa herencia de su ejemplo de vida.

Estas *leyendas* se presentan a continuación:

1. *Legenda de origine Ordinis*, escrita inmediatamente después de 1317. Narra los orígenes de la Orden y se presenta como la introducción a la *Legenda beati Philippi*, que el autor promete escribir a continuación de la *Legenda de origine*, pero de la cual no tenemos más conocimiento.
2. Dos *Legendae beati Philippi*:
  - a. La *leyenda* conocida como *vulgata*, se remonta a la segunda mitad del siglo XIV, pero está directamente relacionada con la *Legenda de origine*, de la cual retoma algunos pasajes (específicamente los números 1, 4, 5, 6, 11, 12, 59, 61), presentándose como una transcripción detallada de la *Legenda beati Philippi*, escrita por el autor de la *Legenda de origine*,
  - b. la *leyenda* conocida como “perugina” o también “arcaica”, proveniente, talvez, del ambiente de Umbría y de fecha incierta.
3. *Vita ac legenda beati Joachimi Senensis*, escrita entre 1330 y 1335.
4. *Legenda beati Francisco de Senis*, que se remonta a los mismos años de la leyenda anterior.
5. La transcripción fidedigna en latín humanístico, realizada por Nicolás Borguese en 1438, de una *Legenda beati Peregrini* redactada poco después de 1345.

En cuanto a santa Juliana Falconieri, el primer texto que tiene un perfil biográfico fue escrito o retomado por fray Pablo Attavanti en su *cuaresmal*, incompleto, publicado en Siena en 1494 con el título de *Paulina predicabilis*. Basándose en este texto, D. M. Montagna ha tratado de reconstruir la *leyenda* primitiva. La presentación de este texto se presenta en la sección relativa a los escritos de los Attavanti.

## 2

### LEYENDA DE ORIGEN

#### Introducción

La *Legenda de origine Ordinis fratrum Servorum Virginis Mariae* (abreviada LO) – título añadido por el copista al final del escrito – o Introducción a la *Legenda beati Philippi servorum beatae Virginis Mariae* – como lo dice el título inicial -, narra la historia de los inicios de la Orden

de los Siervos de María: la experiencia del grupo primitivo de los Siete, a partir de 1233 a 1249/51 y los desarrollos sucesivos hasta 1267, inicio del período generalicio de san Felipe Benicio.

La LO llegó a nuestras manos a través de un único manuscrito, conservado en el Archivo General de la Orden de los Siervos en Roma. Se trata de una copia, ya que en varios puntos se encuentran errores del copista. El manuscrito es del s. XIV, con más precisión de 1375, fecha en la que fue adquirida en Florencia el pergamino con la copia del “cuaderno del principio de la Orden” (F. Tozzi, *Libro de los inicios, clasificado A*, del año 1375).

La redacción de este escrito, así como lo tenemos, debe haber sido terminada poco después de 1317, como se nos indica por el mismo autor. «Este año – escribe – se ha efectuado la translación, de un lugar a otro, del cuerpo de uno de nuestros padres. Sin ningún mérito de mi parte, la clemencia divina ha dispuesto que yo tomara parte» (LO, 4). Se trata del traslado de las reliquias de san Felipe Benicio, realizada en Todi en 1317, y precisamente el 10 de junio, como lo asienta la *Leyenda* “toscana” o “vulgata” del mismo santo (n. 33).

Presente en el traslado se encuentra fr. Pedro de Todi, prior general de 1314 a 1344. Atribuida a él, comúnmente, la paternidad de la obra, aunque se han propuesto otros nombres.

El texto se divide fácilmente en tres partes:

A. Una parte introductoria, que comprende el prefacio y los capítulos I-II (nn. 1-14), centrada en la figura de san Felipe Benicio y su relación con la Orden, en la cual son relevantes el honor y el compromiso provenientes del hecho de haber sido fundada directamente por “Nuestra Señora”.

B. Una parte central, que constituye una verdadera *Leyenda de Origen* y describe, sin ningún punto de referencia, fechas y persona, el camino espiritual y las primeras emanaciones del grupo inicial de los Siervos: capítulos III-XII (nn. 15-49).

C. Una tercera parte, formada por los capítulos XII-XV (nn. 50-62), de carácter prevalentemente histórico, que retoma el discurso interrumpido por el capítulo II, poniendo en relieve el papel de san Pedro de Verona en la evolución del grupo primitivo de los Siervos durante los años 1244-45 y especificando las etapas de su progresivo establecimiento en comunidades jurídicamente reconocidas, hasta 1267, sobre la base de aquellas concesiones pontificias, surgidas a partir de 1255, y que reflejan la estructura que la Orden había asumido después de la aprobación de Benito XI, con la bula *Dum Levamus* (1304).

Como podemos observar, la obra contiene algo más de lo que nos esperábamos, considerando el título. Pero esto, como ya se ha dicho, no es el verdadero título de la obra; lo añadió al final del escrito el amanuense que copió el códice que nos ha llegado. La LO es más de una historia de los orígenes de la Orden. De hecho, en la introducción (nn. 1-6) el autor expresa el deseo de recoger el ejemplo de los “padres” de la Orden, entre los cuales el más ilustre es san Felipe: de él promete escribir inmediatamente después una *leyenda*, que de hecho no tenemos.

La LO es, por lo tanto, una obra compuesta que pone en relación la figura de san Felipe y los inicios de la Orden con el intento de expresar esta tesis: La Orden ha sido directamente fundada por la Virgen quien se ha servido para este objetivo de siete hombres particularmente dotados de los siete dones del Espíritu Santo y ha querido que esta Orden, “suya” a título especial, fuera iluminada por la doctrina y la santidad de Felipe, disponiendo que la Orden surgiera el mismo año del nacimiento del santo, en 1233, y que fuera casi completada en sus estructuras para el momento en el que Felipe entra en ella (1254). Para convalidar esta tesis, hecha más precisa por el acomodo de algunas fechas y hechos, el autor lleva el testimonio de uno de los Siete, Alejo, del cual narra la vida y la muerte en 1310.

Por lo que el escrito que tenemos no es ni una simple *leyenda del beato Felipe*, como lo querría hacer entender el título inicial, ni una *leyenda del origen de la Orden*, como lo declara el explicit definitivo. Un profundo análisis del contenido, del lenguaje y de la morfología nos ha permitido comprobar la compleja estratificación del texto, en la cual el redactor final ha englobado los documentos más antiguos, o los ha citado literalmente o los ha interpelado según el caso. Este trabajo de redacción explica la variedad del estilo y la impostación teológica entre las diversas

partes de la LO, las diferencias en el modo de referirse a la Escritura, a los Padres y a las fuentes narrativas, las repeticiones, las contradicciones y las conexiones forzadas.

En el transcurso de las investigaciones sobre el texto, se caminó cada vez más claramente definiéndose la presencia, al interior del marco del s. XIV, de un escrito más antiguo que se remonta a un tiempo poco posterior a la experiencia comunitaria de los Siete, que culmina con la permanencia en Monte Senario.

Este núcleo antiguo, la verdadera y propia *Leyenda de origen*, se centra en la experiencia religiosa de los “hombres gloriosos, nuestros padres”, iniciándose desde el tiempo en el que todavía vivían en este mundo (nn. 20-21, los últimos dos párrafos del capítulo III), y pasando a través del relato de su amistad y su retiro del mundo (capítulo VI: nn. 29-31), de su vida comunitaria fuera de las puertas de Florencia y después en Monte Senario (caps. VII-XI: nn. 35-45), de la decisión de acoger a otros hermanos y de abrir nuevos conventos (cap. XII: nn. 46-49).

Esta sección del s. XIII presenta no solamente una diferencia en el léxico, sino sobre todo una impostación teológica y espiritual diversa. Se trata de una concesión teocéntrica, basada en el itinerario penitencial y contemplativo de los iniciadores de la Orden, que dio comienzo con un acto de confianza a la “Reina del cielo, la gloriosísima Virgen María, mediadora y abogada” (n. 18) y continuado en la búsqueda, como Abraham, del monte santo en donde se realiza el encuentro con Dios y, en Él, con los hermanos. La referencia a la Escritura es constante y, aunque si algunos de los textos citados son comunes en el ambiente literario y religioso del tiempo, es original y nos permite penetrar más íntimamente en el corazón de la vida monástica realizada en Monte Senario.

De Monte Senario sólo se habla en esta antigua sección. El autor lo presenta como *Sonario* (n. 41) o *Sonaia* (n. 42), no obstante conocía la denominación popular de *Monte Asinario*, que considera una corrupción del título original. Los documentos que poseemos de los años 1241-1256 reflejan exactamente esta situación: el uso de *monte Asinario* en los documentos externos a la Orden de los Siervos, uso peculiar y significativo de *monte Sonaio*, *Sonaia* y *Sonario* en los documentos relacionados con la Orden. Después de 1256 toda mención del monte desaparece de la documentación de la misma Orden; por esto el hecho que el redactor de la sección central de la LO parezca tan informado sobre las diversas formas de un mismo nombre y muestre también el conocimiento directo del lugar, indicando la notable antigüedad de esta sección. Monte Senario aparece con plena vitalidad: desde el monte se propaga el eco de la vida santa de los hombres gloriosos que lo habitan y al monte llegan personas deseosas de tomar la luz de su vida o de participar más concretamente a su experiencia.

Un clima espiritual diverso se respira en las partes atribuidas al redactor final, es decir el prefacio, y los capítulos I-II, parte del tercer capítulo, los capítulos finales XII-XV y los capítulos de conexión IV-V y VII. Al centro de estas partes se encuentran la acción de la Virgen y los eventos fundamentales de la vida de san Felipe, que es el gran modelo presentado para la imitación de todos los Siervos de María.

Por lo tanto, el redactor final del s. XIV, ha englobado en su obra fuentes narrativas anteriores, que resalen a un tiempo cercano a los orígenes. Declara el haber realizado escrupulosas investigaciones con los frailes que vivieron en estos tiempos, en particular con fr. Alejo, uno de los Siete. A él le preguntó sobre varios episodios sobre los orígenes de la Orden; estas noticias las había escrito en una hoja pero, por un desafortunado accidente, se perdió (n. 26). Cita también una fuente igualmente importante para la reconstrucción de los orígenes, el *De origine Ordinis*, escrito por san Felipe; pero también este documento se perdió a causa de eventos imponderables o hasta por descuido de los frailes (nn. 13 y 14). En realidad el autor conoce muy bien la existencia de este escrito que utiliza en su obra y que, con toda probabilidad, se identifica como el núcleo arcaico de la LO.

Su intento es el de crear una obra que pueda ofrecer una visión sintética de los orígenes y del desarrollo de la Orden. A través de la relación de repetidas intervenciones de parte de la Virgen, del compromiso del servicio mariano, de la figura de Felipe y del testimonio de fr. Alejo, él trata de armonizar conjuntamente el carácter mariano ya adquirido por la Orden al inicio del siglo XIV y los

elementos primitivos fundamentales. A partir de este esfuerzo de relectura de la inspiración original a la luz de las nuevas circunstancias históricas se creó una obra de gran compromiso, expresión de una rica personalidad religiosa, preparada en el campo teológico y filosófico, y preocupada por preservar a la Orden en la fidelidad de la vida santa de la cual sus gloriosos padres continúan siendo modelos insuperables.

### Edición

- *Legenda de origine Ordinis fratrum Servorum Virginis Mariae auctore incerto 1317*, ed. A. MORINI, en *Monumenta OSM*, I, Bruselas 1897, p. 55-105 (introducción, p. 55-60; texto, p. 60-105).
- A. M. ROSSI, *Codice mariano: La "Legenda de origine Ordinis Servorum Virginis Mariae". Versione, commento e testo*, Roma 1951 (texto, p. 99-152).
- [E. M. TONIOLO], *La «Legenda de origine Ordinis» dei Servi di Maria*, texto en latín y traducción italiana de D. PIERACCIONI, Roma 1982.

### Bibliografía

- F. A. DAL PINO, *I frati Servi di s. Maria*, I, p. 239-439.
- F. A. DAL PINO, *I "viri gloriosi parentes nostri" fondatori dell'Ordine dei Servi*, en *Spazi e figure lungo la storia dei Servi di santa Maria (sec. XIII-XX)*. Roma 1997, p. 449-526.
- P. M. GRAFFIUS, *Quale immagine dei Sette Santi dalla «Legenda de origine Ordinis?»*, en *I Sette Santi nel primo centenario de lla canonizzazione (1888-1988)*. Convenio de estudio promovido por la Pontifica Facultad Teológica Marianum en colaboración con el Instituto histórico OSM, roma 3-8 octubre 1988. Por E. PERETTO. Roma 1990, p. 218-255 (Scripta Pontificiae facultatis theologiae "Marianum", 42; nova series, 14).
- D. M. MONTAGNA, *Nuove ricerche filologiche sulla «Legenda de origine Ordinis fratrum Servorum»*. *Due citazioni dell'Etica di Aristotele (LO, 19)*, "Studi Storici OSM", 27 (1977), p. 165-168; *Echi di esperienza monastica a Monte Senario nel Duecento (rilettura della«Legenda de origine Ordinis fratrum Servorum»)*, "Studi Storici OSM", 29 (1979), p. 233-240.
- P. M. SUÁREZ, *Spiritualità mariana dei frati Servi di Maria nei documenti agiografici del secolo XIV*, "Studi Storici OSM", 9 (1959), p. 126-129 y *passim*; 10 (1960), p. 1-41.

## TEXTO

*En alabanza a la Virgen María (Madre) de Cristo Jesús*

### **INTRODUCCIÓN A LA LEYENDA DEL BEATO FELIPE DE LOS SIERVOS DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA**

1. **ALABEMOS** a los hombres ilustres<sup>1</sup> que, inspirados por el Señor<sup>2</sup>, como nuestros Padres, nos engendraron espiritualmente en la Orden con sus santísimas palabras y ejemplos. Tomándonos a su cuidado, nos proporcionaron aquellos alimentos espirituales, con los que deberíamos alimentarnos suficientemente; proporcionándonos después la instrucción, el conocimiento y la ciencia, nos manifestaron el camino más seguro por el que podemos alcanzar la vida bienaventurada. Ellos de hecho, en nuestra Orden se ofrecieron a Dios, con humildad de corazón<sup>3</sup> en todos sus pensamientos, palabras y obras y escogieron el camino de la verdad.<sup>4</sup> Vivieron sin descanso según sus preceptos.

Dedicando además voluntariamente al Señor toda su vida, hicieron nuestra misma Orden, en su tiempo, aceptable a Dios y a la Bienaventurada Virgen María y por sus oraciones merecieron obtener del Señor que después de ellos y para el futuro, la Orden pudiera conservarse según la voluntad de Dios por la presencia de religiosos perfectos.

Que estos hombres ilustres, nuestros Padres, hayan sido agradables al Señor y a la Bienaventurada Virgen María por sus obras, que haya sido con mucha benignidad agradable su servicio voluntario, no sólo estamos seguros por el hecho de que el Señor adornó sus vidas, mientras vivían en este mundo, con muchas virtudes y milagros y porque manifestó al momento de su muerte con muchos signos y prodigios que sus almas le agradaban inmensamente, sino también porque renovando, después de su muerte, por sus méritos, signos y prodigios, comprobó con certeza que los mismos nuestros Padres estaban en la gloria y para siempre con Él.

2. Nosotros entonces, mirando a las palabras y a los ejemplos con los que nuestros Padres nos han espiritualmente engendrado, y conociendo su vida con la que hicieron agradable al Señor a sí mismos y a la Orden nuestra, conformémonos de manera filial a su ejemplo en las palabras y en los hechos, de modo que a todos quede de manifiesto que han dejado hijos parecidos a sí mismos.<sup>5</sup> Manifestaremos entonces que, siguiendo su ejemplo, hemos conservado la humildad del corazón en todos nuestros actos, y escogiendo el camino de la verdad, hemos vivido siempre según sus preceptos, y consagrando después libremente nuestra vida al Señor, nos hemos hecho a nosotros y a nuestra Orden gratos a Dios y a nuestra Señora, y perseverando en la oración hemos obtenido espiritualmente del Señor que la orden se conservara siempre en los futuro.

Y así, como ellos han dejado modelos de vida a nosotros que les seguimos, también nosotros, dejando iguales ejemplos a los que vienen después en nuestra orden, podamos así inducirlos a realizar lo mismo en sus sucesores y estos en otros y así sin interrupción. Si después lo que hemos

---

<sup>1</sup> La expresión “hombres ilustres”, que proviene del *Sir 44, 1 ss.*, aparece continuamente en la *Leyenda* para indicar a los “padres “de la Orden, es decir, a aquéllos que fueron los iniciadores o se manifestaron en los primeros tiempos de vida. La referencia al Sirácide es un estereotipo literario de la época y se encuentra en otros relatos análogos medievales. Los párrafos iniciales (nn. 1-6) introducen una recopilación de ejemplos de estos “padres” entre los cuales emerge la figura de san Felipe. La narración de los orígenes verdaderos y propios de la Orden tiene inicio sólo hasta los párrafos 7-8.

<sup>2</sup> *Sir 1, 3* (Vulgata): “¿Quién ha profundizado en la Sabiduría de Dios *que es anterior a todas las cosas?*”.

<sup>3</sup> *Mt 11, 29*. El adverbio *cordialiter* (*cordialmente*), de origen latino y provenzal, utilizado con frecuencia en la literatura italiana del s. XIII, aparece 10 veces en la *Leyenda* y designa ya sea el corazón de la persona como la profunda unión que une a los miembros de una comunidad que se convirtió de hecho en “un solo corazón”.

<sup>4</sup> Por el “camino de la verdad” cfr. *Sal 119, 30; Tb 1, 3; Sab 5,6; 2P 2,2*.

<sup>5</sup> *Sir 44, 10-13*.

dicho será realizado por nosotros y por todos los frailes que seguirán en la Orden, será de gran beneficio para la Orden misma: será motivo de gran alegría para nuestra Señora, que encontrará consuelo<sup>6</sup> de manera admirable en nosotros sus Siervos, mientras la honraremos así con nuestro servicio manifestaremos a todos que ella es digna de toda reverencia. Aún más, todo esto inducirá a nuestro Señor a enriquecer a nuestra Orden con dones y gracias espirituales y manifestar a todos cuánto ello le sea acepto.

Además de esto, los que del mundo entrarán a nuestra orden como a la sexta ciudad de refugio,<sup>7</sup> encontrando siempre en los frailes que pertenecen a la misma, tales palabras y ejemplos de vida, permanecerán en esta Orden atraídos por la dulzura de sus ejemplos y por su enseñanza, de modo que, jamás intentarán separarse, ni con el cuerpo ni con el alma, de esta ciudad de refugio, sino cuando, al final de la vida, su alma, muerta al mundo y al pecado, invitada por la muerte corporal a la vida que no tiene fin, por el mismo sumo sacerdote,<sup>8</sup> Cristo, será plenamente restituida a la libertad.

3. Y para que, cuando vengan a faltar los que habiendo vivido con dichos bienaventurados hombres, conocieron sus palabras, obras y virtudes, no se borre su recuerdo en los frailes de nuestra orden, cuando, faltando dichos padres, no habrá quién sepa con exactitud y pueda transmitir algo de su vida, aunque me reconozca inepto e indigno para esta tarea y confiando en su protección y en la ayuda del Señor, me he visto obligado a buscar con todas mis fuerzas lo que atañe a su dulcísima vida, y, extenderlo por escrito, de acuerdo con mi personal aptitud, y manifestarlo a todos los que quieran progresar en la perfección, dejando un perpetuo recuerdo de ellos a todos los que vendrán después; de modo que los frailes de nuestra Orden puedan encontrar en la misma Orden la vida de los que no pudieron conocer personalmente, y en ella, volver a ver el semblante de su alma como en un espejo<sup>9</sup> limpiísimo, guarden y atesoren lo que verán de bello y procuren con lágrimas de arrepentimiento, eliminar lo que notasen defectuoso.

4. Existe también un motivo especial que me impulsó a emprender esta tarea, aunque yo reconozca mi pequeñez e indignidad; efectivamente, debiéndose trasladar en este año de un lugar a otro el cuerpo de uno de dichos nuestros padres,<sup>10</sup> y habiendo yo participado a ese traslado por divina clemencia, aunque inmerecidamente, durante el mismo y en mi presencia, Dios reiteró por los méritos de su santo muchos milagros, como veremos más adelante.

Viendo pues tales milagros con mis ojos, me propuse firmemente en mi corazón de investigar y recabar noticias para poder redactar la vida y los prodigios de ese santo, con el fin de dejar a los frailes, como he dicho, el recuerdo de tan grande hombre. En efecto abrigaría sospechas que alguien me reprochara con razón de ingratitud, si, después de haber sido honrado con este favor especial y de haber visto con mis ojos tan grandes milagros, me hubiese rehusado en llevarlo a efecto, de acuerdo con mis posibilidades, sobre todo por lo que dice el beato Gregorio: “Las fuerzas que la inexperiencia niega, el amor las suple”<sup>11</sup>.

---

<sup>6</sup> 2M 7, 6 (que cita a Dt 32, 36).

<sup>7</sup> Para la ciudad del refugio cfr. Nm 35, 6; Dt 19, 1-10; Jos 20, 1-3.

<sup>8</sup> Hb 4, 14-15; 9, 11.

<sup>9</sup> Para la imagen de la santidad como espejo en el que el alma puede verse en su situación real, cfr. Gregorio Magno, *Moralia sive Expositio in Iob*, l. II, cap. I, n. 1 (in PL 75, 553-554), de la cual la *Leyenda* ha tomado a la letra algunas expresiones. Cfr. también a Agustín, *Esposizione sui salmi*, 103, I, 4-6 (en *Opere di sant'Agostino*, ed. latino-italiana, a cargo de la Cátedra Agustiniana en la «Augustinianum» de Roma, XXVII, Roma 1976, p. 639-645); *Discurso* 49,5 (en *Opere di sant'Agostino*, XXIX, Roma 1979, p. 933-934); y también la conclusión de la *Regla*, VIII, 2 (“Este pequeño libro debe ser para ustedes como el espejo en el cual reflejarse...”).

<sup>10</sup> El traslado de las reliquias de san Felipe Benicio fue promovida por fr. Pedro de Todi, redactor final de la LO y prior general en agosto de 1314. Se encontraba en Todi en junio de 1317. La *Leyenda “vulgata” del beato Felipe*, n. 33 (*Monumenta OSM*, II, Bruselas 1898, p. 81) especifica que el traslado tuvo lugar el 10 de junio de 1317.

<sup>11</sup> Gregorio Magno, *Homilía 21 in Evangelia*, 1 (en PL 76, 1169-1170). La LO cita en manera incompleta, dejando en suspenso la segunda parte de la frase (“*charitas ministrat*”).

Y aunque muchos hombres gloriosos, dignos de alabanza, desarrollando en la Orden la misión de Padres espirituales, hayan precedido a los que yo ambiciono proponer como ejemplo, y además muchos otros los hayan seguido, sin embargo aquéllos que más que otros sobresalieren por virtud, palabras y obras, deben ser señalados de preferencia como modelos para los frailes de nuestra Orden.

Entre éstos habrá que anteponerse y presentarse con razón como primer ejemplo en la Orden al beato Felipe. En realidad él, cumpliendo su servicio para con nuestra Señora en la Orden fiel y perfectamente, respondiendo de todo corazón a lo esencial de la vida religiosa, a tal grado de obligarnos, con su ejemplo, a frenar la fatuidad de la carne percibiendo su castidad; a considerar como estiércol<sup>12</sup> todas las riquezas mundanas reflexionando en su pobreza; y finalmente a someter al Señor nuestro espíritu contemplando su obediencia.

5. Además, para que me fuera concedido conocer de la manera más completa y con mayor seguridad la vida de este bienaventurado hombre, condescendiendo a un deseo mío y a el de los frailes, ese mismo año fui a todos los lugares de nuestra Orden adonde pude llegar, en los que sabía que aún sobreviviera algún fraile que le hubiera conocido y que con él hubiera conversado, permaneciendo junto en algún convento, o también acompañándole de un lugar a otro en sus viajes. Y hablando abiertamente con estas personas dignas de fe, acerca de su vida, muerte y milagros, recopilé en la medida de mis posibilidades unas cuantas cosas que aún habían quedado en la memoria de ellos. Repito que son muy pocas cosas en comparación con lo que él obró en virtudes y milagros durante su vida.

En algo me preocupó tal investigación, pues desde que empecé eso es, desde el día de su muerte hasta ahora, habían transcurrido poco más de 32 años; por lo cual pude encontrarme con muy pocos frailes de su tiempo que todavía sobrevivían. No hay que pasar por alto que yo haya entrevistado a varones muy conocidos por la rectitud de sus costumbres y dignos de fe por la santidad de su vida: de todos ellos pude sacar la verdad sobre la vida del santo, concordando el relato con la referencia de otros. Asimismo, por el motivo del ya mencionado lapso de tiempo, los contados sobredichos frailes apenas recordaban en aquel entonces pocas cosas de la vida y milagros de él.

Existe, además, otro especial motivo por el que escasísimas noticias llegaban al conocimiento de los frailes, como resulta de lo anterior; efectivamente, supe que este santo hombre por su voluntad y de manera tan increíble ocultaba sus virtudes, obras y milagros, a tal punto de no darlos a conocer si no fuera muy raramente y sólo cuando no podía disimular los hechos.

Resumiendo, pues, como débiles fragmentos<sup>13</sup> estos particulares conservados en la memoria de dichos frailes, en la mejor forma que pude hacerlo, los ordené y adapté según determinados puntos y párrafos, alguna vez conservando el orden cronológico y alguna otra cambiándolo por necesidad.

6. Y por último, con el fin de presentar lo más perfectamente posible la vida del beato Felipe, y para completar mis conocimiento no sólo con respecto al tiempo que él pasó en la Orden, sino también acerca de su familia y de la vida que transcurrió en el mundo, dirigiéndome a la ciudad y barrio y casa en donde nació y fue educado hasta su ingreso a la Orden, descubrí que aún sobrevivía un cierto sobrino suyo llamado fray Fuerte<sup>14</sup>, quien alcanzaba ya casi los ochenta años. Asimismo, encontré en ese barrio a un venerable anciano de nombre Fecino, al que se le respetaba como hombre de vida santa y digno de fe; y aunque tocara ya casi los cien años, conservaba todavía íntegros sus sentidos y muy buena memoria; además había vivido siempre en su propia casa, pero dentro de esa zona, cerca de la casa del beato Felipe. Supe entonces de estas personas y en forma

---

<sup>12</sup> *Flp 3,8.*

<sup>13</sup> *Jn 6, 12-13.*

<sup>14</sup> Fray Fuerte, en el mundo Fuerte de Sommaia, hace la profesión en 1315. En 1317 da al convento de Florencia una suma de dinero para su hermana Buta, nacida en forma ilegítima, según una noticia proveniente del conocido libro de las *Ricordanze*, registro de administración del convento de la Santísima Annunziata de Florencia, de los años 1295-1332.



ordenada la verdad acerca de muchas cosas relacionadas con la familia de este bienaventurado hombre y la vida que él vivió en el mundo.

Sin embargo, para los que quisiesen conocer esa particular vida y compenetrarse en ella, descubriendo pronto lo que más le convenga según su deseo de perfección lo he ordenado y catalogado todo en quince capítulos.

### *Capítulo Primero*

## **DEL HONOR Y DIGNIDAD DE NUESTRA ORDEN**

7. Aunque la bienaventurada Virgen María, Madre de Nuestro Señor Jesucristo, sea Refugio de todos los pecadores que a Ella recurren para obtener misericordia<sup>15</sup>; aunque se le nombre Madre universal de todos los justos, para quienes Ella consigue la gracia, y por cuyo favor éstos la quieren de todo corazón; aunque sea conocida como la Señora común de todos los que sirven a Cristo en cualquier Orden religiosa, como la que dispone de la gloria para ellos, seguros que Ella la implora con firmeza de su propio Hijo.

Sin embargo, es Refugio especial, Madre particular y única Señora de todos, a saber: de los pecadores, de los justos y de los que le sirven con fidelidad y constancia, en especial – y con razón – en la Orden dedicada a Ella, y por tanto, Señora de los consagrados particularmente a Ella bajo su título.

Pero como en casos necesarios todos los frailes de las demás Órdenes, por supuesto según las circunstancias, invocan a nuestra Señora como refugio en general, Madre universal y Señora de todos: pecadores y siervos de Cristo, - y efectivamente, Ella responde a todos los que la invocan, impetran de misericordia para los pecadores, gracia para los justos y gloria para los siervos de su Hijo.

Sin embargo, tienen como fundador de su instituto a algún Santo particular a quien dirigirse, como a especial refugio, padre particular y señor propio, cada vez que quieran pedir de Dios algún favor ya sea para sí mismos, como para su Orden. En cambio, los frailes de la Orden especialmente consagrada a nuestra Señora – y con razón, pues, señalada por Ella con su nombre -, no han tenido ningún Santo propio fundador de su Orden, excepto a la misma nuestra Señora, a cuyo servicio se dedican individualmente, y a quien puedan y tengan que recurrir cuando quieran pedir alguna gracia especial para sí o para la Orden, como dirigiéndose a especial refugio, a padre particular y propio. Por eso, como se invoca a nuestra Señora en tiempo de necesidad, es decir, los pecadores como a Refugio universal, los justos como a Madre común y los que le sirven constantemente y con fidelidad como a la Señora de cada uno en particular – pues Ella presta atención a todos y cada uno implorando misericordia, gracia y gloria -; así ellos, toda vez que quieran pedirle algún favor para sí mismos o para la Orden, se dirigen a Ella como a un Refugio especial, a una Madre singular y a su propia Señora.

Y si bien es cierto que tienen al beato Felipe y a muchísimos otros gloriosos y renombrados padres, quienes los precedieron en la Orden y fueron ilustres por sus virtudes, méritos y milagros, a los que podrían dirigirse para impetrar alguna gracia para sí o para la orden, sin embargo, nadie de aquellos ha dado origen a la Orden de nuestra Señora, como tampoco sobresale algún Santo de dicha Orden a quien se le considere común para todos los frailes que se han sucedido y se sucederán desde un principio hasta el fin de los tiempos. Muchos frailes en verdad precedieron en la Orden a cada uno de dichos nuestros Padres, celebrados evidentemente por sus méritos con milagros: unos pecadores, otros justos, otros, además con el fin de conseguir la perfección, siervos fieles de nuestra

---

<sup>15</sup> Los párrafos 7-8, que explican la relación particular que existe entre la Orden de los Siervos y la Virgen María, están muy ligados en su terminología y mentalidad a los escritos espirituales y hagiográficos de las dos Órdenes más específicamente marianas, los Cistercenses y los Predicadores.

Señora, por tanto, ellos mismos necesitados de misericordia, de gracia y de gloria; resulta entonces que ninguno de estos hubiera podido dirigirse a los citados frailes precursores.

De todo esto se deduce que los frailes de la Orden nunca tuvieron algún Santo propio y especial de su Orden, excepto a nuestra Señora: en efecto, no consideraron a nadie como fundador de su Orden, ni que haya sido común para todos los frailes de la misma.

8. Así que nuestra Señora no quiso designar a algún Santo especial como fundador de su Orden, como se puede entender del contexto, pues Ella se presenta sola como Refugio general y Madre de todos y común Señora, la que impetra de su Hijo para todos los frailes de su Orden, misericordia, gracia y gloria; y ellos por consiguiente tienen que dirigirse a Ella como a su Refugio especial, a una Madre singular y a su propia Señora, cada vez que quieran obtener para sí o para la Orden cualquier gracia. De esto se desprende claramente qué grande es la gloria de los frailes que pertenecen a la Orden de nuestra Señora, los que la admiten no sólo como Abogada general de su orden, sino también que notan en la misma el cuidado especial que guarda para con ellos y para la Institución.

Por eso, los frailes de su Orden, percatándose de ser destinados al servicio de tan gran Señora, quien se digna cuidarlos con especial atención, más que los frailes de otras Órdenes están obligados a conservarse santos por gratitud hacia Ella, y a superar a los demás en obras de perfección, sobresaliendo a todos en la pureza de corazón.<sup>16</sup> Se sienta, pues, confundido y humillado cualquier fraile que, perteneciendo a tan grande Orden de nuestra Señora, no se avergüence, más bien se preste para manchar su propio espíritu y a impedir a que otros vivan sin culpa. Sin embargo, los arrepentidos se conviertan pronto a Ella, para que no suceda que, justamente indignada contra ellos, los saque inmediatamente de por medio, entregándolos a la pena del fuego eterno según sus faltas.

En cambio, se regocijen y gocen los frailes que, viviendo en dicha Orden, conservan inmaculado su espíritu y se esfuerzan para conseguir que también los demás vivan sin culpa. Además, éstos perseveren jubilosos en la labor iniciada; pues, como consta que los que permanecen en su malicia viviendo en dicha Orden serán doblemente castigados, así los buenos que hayan cultivado la pureza de corazón serán premiados sobre los demás.

## *Capítulo Segundo*

### **CÓMO NUESTRA ORDEN COMENZÓ CUANDO NACIÓ EL BEATO FELIPE**

9. Llegado pues el momento en que la Bienaventurada Virgen María se complació en reunir, separándolos del mundo, a los primeros frailes de su Orden que Ella quería implantar y que tenía que ser consagrada a Ella en forma particular, por fin dio el arranque, suministrándole intencionalmente en ese mismo tiempo y para el futuro a un luminar radiante de luz celestial, el Beato Felipe, quien nació donde nació la Orden. Empero se decía que dicha Orden, comenzada recientemente, hubiera al fin crecido en número de frailes a tal punto de no poder conservarse regularmente unida, si no fuera mediante la luz y doctrina celestial. El Beato Felipe pues, en cuanto alcanzó la edad perfecta y la plena santidad, abrazó la orden, la irradió con su presencia, enseñó con la doctrina y con el ejemplo cómo hay que servir dignamente a nuestra Señora, y en consecuencia recibir de Ella el premio. Así llegó a ser colocado sobre el candelero<sup>17</sup> de la Orden, cual verdadera lámpara ardiente que alumbraría de luz celestial a todos los que ya estaban en la Orden y a los que

---

<sup>16</sup> Cfr. *Sal 101, 2*.

<sup>17</sup> *Jn 17 5, 35; Mt 5, 15; Mc 4, 21; Lc 8, 16*. La imagen de la lámpara y del candelabro, frecuentes en la LO (cfr. nn. 13, 50, 56, 58), ponen en estrecha relación a san Felipe y a la historia de los orígenes de la Orden. Gregorio Magno ya la había aplicado a san Benito, en el segundo libro de los *Diálogos* (en PL 66, 130).

se hubiesen agregado después, de manera que todos los frailes, ya ingresados y conquistados por su luz y doctrina, se sintieran capacitados a tributarle un digno servicio a su Señora, según el auténtico espíritu de la misma Orden.

10. En ese entonces nuestro Señor Jesucristo había ya encendido espiritualmente al mundo con la presencia de dos luminas, es decir, el Beato Domingo y el Beato Francisco; y por la luz de su vida y de su doctrina ellos habían fundado dos Órdenes religiosas denominadas por sus nombres, por las que todo el mundo iba guiándose mediante la vida y la sabiduría de los frailes que a ella pertenecían. Estos hombres, concluida su misión con la muerte corporal, habían pasado a la vida beatífica, eso es, el Beato Domingo en el año del Señor 1221, y el Beato Francisco el año del Señor 1226; y las Órdenes fundadas por ellos eran ya tan gratas a Dios por sus virtudes, que sus frailes habían empezado a erradicar los errores para la paz de la Iglesia por medio de la predicación de la verdad y el ejemplo de vida. Entre ellos comenzaba ya a manifestarse al mundo el Beato Pedro mártir, como un poderosísimo atleta de Cristo y principal extirpador de las herejías.<sup>18</sup>

Puesto que el mismo nuestro Señor había ya decretado de instituir una casa y una Orden en honor de su Madre la Virgen María, consagrándola a su nombre; así, para que los frailes de dicha Orden ya reunidos aprendieran la forma de servir dignamente a su Señora, ese mismo Señor nuestro quiso presentar a esos frailes la mencionada lámpara, el Beato Felipe, para exhibirse por ellos como el prototipo de un digno servicio.

11. Por lo tanto en el año de la Natividad de Nuestro Señor 1233, reinando el Papa Gregorio IX,<sup>19</sup> en la provincia de Toscana y en la ciudad de Florencia vio la luz el beato Felipe. Contemporáneamente, en el mismo año de su nacimiento, en la misma provincia y ciudad, nuestra Señora quiso que principiara su Orden, consagrada de manera particular a Ella y también intitulada a su nombre.

Oh dulcísima Señora, ¿qué estás haciendo? ¿Consideras a tu futuro siervo semejante a tu Hijo? Por cierto que así manifiestas quién habría de ser él, y con qué dignidad te serviría. En realidad, como tu Hijo, nacido de Ti, de la estirpe de Israel y de la nación Judaica, al mismo tiempo de su nacimiento reunió luego en torno a sí a las gentes y a los vecinos, atrayendo a los pastores de Judea<sup>20</sup> y a los Magos de Oriente<sup>21</sup>, a quienes más tarde instruiría y redimiría en cuanto hubiese alcanzado la edad perfecta; y además, después de su pasión y muerte les dejaría la doctrina y los ejemplos para que vivieran de acuerdo con esas enseñanzas; así Tú empezaste luego a juntarle a tu siervo – el beato Felipe, nacido en la provincia de Toscana y en la ciudad de Florencia – a las gentes y vecinos de la misma provincia y ciudad, promotores de tu Orden, a los que después el beato Felipe, en su edad perfecta y brillante por la sabiduría de tu Hijo, habría indicado el camino para servirte dignamente, dejando en herencia su doctrina y ejemplo.

Pero, oh Señora mía, bienaventurada Virgen María, ¿a qué se debe tanta semejanza entre tu siervo queridísimo el beato Felipe y tu dulcísimo Hijo Jesucristo? Me quedo asombrado al descubrir a tu siervo igualarse a tu Hijo, y no logro adivinar el motivo de tanta semejanza. ¿Podrías tal vez explicar este hecho en virtud de tu siervo recién nacido, o por motivo de tu Orden que entonces estaba apenas en su inicio?

Pero si no me canso de admirar ese hecho extraordinario y no puedo encontrar la razón del mismo, sin embargo, hablando con toda reverencia hacia Ti, dulcísima Señora y Madre mía, me atrevo a decir que este procedimiento Tú lo hayas querido demostrar como anticipación del futuro mérito y dignidad de tu siervo el beato Felipe y de tu Orden, la que tenía que ser dedicada en forma especial. De todos modos hay que reconocer que este se debe a tu caridad y misericordia,

---

<sup>18</sup> San Pedro de Verona inicia su actividad apostólica entre el 1232 y 1234. Sobre él cfr. los nn. 33, 50-53, 58 de la LO:

<sup>19</sup> Ugolino de Segni, papa de 1227 a 1241.

<sup>20</sup> Lc 2, 8ss.

<sup>21</sup> Mt 2, 1ss.

más bien que por las virtudes y dones celestiales por Ti otorgados y tan ampliamente manifestados. Por tanto, te agradó honrar a tu siervo y a la Orden en especial forma consagrada a Ti, mediante la analogía de tu gran (Hijo) que iba a nacer.

12. Y eso que el beato Felipe haya nacido en el mismo tiempo y año en que principió la Orden de nuestra Señora, me lo indica el hecho de que él murió en el año del Señor 1285, segundo del pontificado del Papa Honorio IV<sup>22</sup>; y además por lo que él mismo dijo casualmente a fr. Buenaventura de Pistoya en el convento de Orvieto<sup>23</sup> poco antes de morir, es decir, cuando tenía 52 años. Tomando en cuenta pues el mismo período que coincide con su muerte, eso es 52 años – como se dijo – correspondiente al fallecimiento, no cabe duda que el restante de los años del Señor, de acuerdo con la muerte del beato Felipe, resultará ser el 1233, en cuyo tiempo es preciso admitir su aparición corpórea en el mundo, es decir, en el año 1233 de la Natividad del Señor. Pero en el 1233, como ya ratificado, es aquél en que tuvo inicio la Orden de la bienaventurada Virgen María y que en este tiempo haya tenido comienzo la Orden de nuestra Señora lo he sabido así. Precisamente por medio de fr. Alejo<sup>24</sup>, uno de los Siete primeros<sup>25</sup> frailes que dieron principio a nuestra Orden, por conversar con él durante varios años antes de su muerte, vine a conocimiento de muchas cosas acerca del origen de la Orden, y supe que ésta comenzara seis años completos antes del eclipse total de sol en Italia. Ahora sabemos que ese célebre eclipse aconteció en el año del Señor 1239, decimotercero del pontificado del Papa Gregorio IX. Entonces, si la Orden de nuestra Señora comenzó seis años completos antes del eclipse, que tuvo efecto en 1239, substrayendo de dicho tiempo seis años, resulta claro que nos quedan los años del Señor 1233, en cuyo período es necesario afirmar que comenzó la Orden de nuestra Señora, según se explicó anteriormente. Pero esto fue también el tiempo en que nació el beato Felipe: sale por demostrado pues lo que aseveré más arriba, es decir, que el siervo de nuestra Señora nació el mismo año en que tuvo origen la Orden de la misma Señora.

13. Cómo luego comenzara la religión de nuestra Señora, cómo prosperara y aumentara hasta el tiempo en que el beato Felipe fue colocado sobre su candelero, lo supe por referencia de muchos frailes: que el mismo beato Felipe, mientras aún vivía, lo había ampliamente relatado por su propia mano en cierto librito que se titula *Del Origen de la Orden*<sup>26</sup>.

Este librito, que muchos frailes afirman haber visto y leído, lo he buscado por mucho tiempo, pero todavía no lo he podido encontrar. Hace poco supe de cierto fraile, quien lo tuvo por mucho tiempo, pero que después lo perdiera en circunstancias particulares.

14. Sin embargo, a pesar de que los primeros frailes por cuyo medio nuestra Señora comenzó su Orden, y también los que ingresaron a la Orden después de ellos en su mayoría hayan muerto; y a pesar aún de que se haya perdido, parece por negligencia, el mencionado librito del beato Felipe sobre el origen de la Orden, y que por esto me vea imposibilitado a presentar ampliamente por escrito – como yo y todos los frailes deseáramos – el proceso de los inicios de nuestra Orden, y qué prosperidad hubiera alcanzado al tiempo del beato Felipe.

---

<sup>22</sup> Giacomo Savelli, papa de 1285 a 1287. En los últimos meses de su pontificado concedió una serie de privilegios a los conventos de Borgo Sansepolcro, Bolonia – S. María en Borgo S. Petronio, Foliño, Siena, Cafaggio, Lucca, haciendo más segura la supervivencia de la Orden en un momento de incertidumbre.

<sup>23</sup> Los Siervos de María obtuvieron el 27 de septiembre de 1260 de parte del obispo de Orvieto, la iglesia de S. Pedro en Vetera; en 1265, talvez por motivos de seguridad, se cambiaron al interior de los muros de la ciudad y construyeron la iglesia y el convento de S. María.

<sup>24</sup> Cfr. *Introducción*.

<sup>25</sup> El número “siete” recurre en diversas experiencias eremítico-comunitarias de la época medieval (por ejemplo san Bruno y sus compañeros) y también en las biografías de san Francisco. Se trata de un valor simbólico profundamente radicado en la conciencia religiosa de aquel tiempo, tal de vincular probablemente a los iniciadores de un grupo religioso con el número siete.

<sup>26</sup> Cfr. *Introducción*.

De todas maneras, el hecho de que yo me haya propuesto con todo ahínco a escribir la vida del beato Felipe para honor suyo y utilidad de los frailes, presupone la narración en alguna forma de cómo tuvo origen la orden y a qué grado de desarrollo y prosperidad hubiera llegado para cuando él fue asignado como jefe. Me esforzaré entonces en reportar, aunque no en forma exhaustiva, cuando menos lo que he escuchado – y que todavía recuerdo – en diferentes tiempos, durante los veintidós y más años en que por divina misericordia estuve en la orden: ya sea por parte de muchos frailes ancianos, de los cuales unos ya murieron, otros – por cierto muy pocos – aún sobreviven, como también y en primer lugar por parte del citado fray Alejo, quien fue uno de los primeros frailes de nuestra Orden. Lo haré pues con mucho gusto y en forma breve para beneficio de los frailes.

### *Capítulo Tercero*

## **EL NÚMERO DE LOS MENCIONADOS FRAILES QUE DIERON INICIO A LA ORDEN, Y DE SU PERFECCIÓN EN EL MUNDO ANTES DE SU UNIÓN EN COMUNIDAD**

15. Después de haber expuesto antes cómo la Orden de los Siervos de la Bienaventurada Virgen María dio su primer paso en la provincia Toscana y en la ciudad de Florencia; con el fin de que resulten más claras las cosas que se vayan diciendo, se explicó en forma genérica lo que debe ser una Religión y lo que a la misma se refiere<sup>27</sup>: ahora habrá que resumirse todo esto con mucha fe en Dios y gran devoción y reverencia para los que anhelan conocerlo.

Hay que saber pues que en la provincia de Toscana y en la ciudad de Florencia existieron siete hombres hidalgos y dignos de todo honor, por cuya unión en alma y cuerpo nuestra Señora dio principio a la Orden de sus Siervos, después de haberlos reunido a semejanza de las siete estrellas Pléyades para disipar espiritualmente el curso de Orión<sup>28</sup>.

Además nuestra Señora quiso dar comienzo a su Orden y al de sus Siervos con siete hombres, para demostrar con mucha claridad a todo el mundo, cómo Ella quería engalanar a su Orden mediante los siete dones del Espíritu Santo; y con el fin de manifestar abiertamente cómo la misma Orden debería seguir por medio de unos hombres, dotados de los dones del Espíritu Divino, quienes se reemplazarían uno a otro. Así Ella quiso patentizar a todos en forma evidente, qué tan grata le sería su Orden hasta la séptima edad<sup>29</sup> y por siempre, mediante los ya mencionados dones del Espíritu Santo.

16. Antes de que vivieran juntos para dar origen a nuestra Orden, la condición de estos hombres fue cuádruple: primero con respecto a la Iglesia; segundo en relación con la vida social; tercero acerca del honor hacia nuestra Señora; cuarto, por lo que corresponda a la perfección de su alma.

La primera condición de estos hombres pues se refiere a la Iglesia. Efectivamente hay que admitir tanto para la Iglesia como para la fe un triple estado general, en el que se mantienen la fe misma y la Iglesia de los fieles, a saber: el estado de virginidad, propio de aquéllos que se conservan tales antes del matrimonio; el estado de los comprometidos en el matrimonio; y finalmente el estado en que el matrimonio queda disuelto, ya sea por la muerte de uno de los

---

<sup>27</sup> En verdad, el autor todavía no ha dicho nada sobre el argumento.

<sup>28</sup> *Job 38, 31*. El número de las Pléyades y la relación con Arturo u Orión – dos particulares que Job no precisa – se inspiran en realidad en un comentario de Gregorio Magno, *Moralia sive Expositio in Job, 29, 31* (en PL 76, 515-519), en donde las siete estrellas se consideran imágenes de los dones del Espíritu y del Nuevo Testamento, mientras las constelaciones de Orión simbolizan al Antiguo Testamento y el difícil camino de la Iglesia.

<sup>29</sup> La división de la historia humana en siete épocas viene desde los tiempos de Agustín: cfr. los libros 11-18 de *La Ciudad de Dios* (en *Obras de san Agustín*, V/2, Roma 1986) y también *Génesis contra los Maniqueos* 1, 23-41 (en *Obras de san Agustín*, IX/1, Roma 1988, p. 107-115); y da énfasis a la semana de la creación: el séptimo día y el “sábado” del descanso de la humanidad. Es una visión de la historia ampliamente desarrollada por la teología medieval.

cónyuges, o bien por mutuo acuerdo, en el caso de que uno de los mismos se proponga vivir en completa castidad por amor a Dios. En el cual triple estado de la Iglesia, los siete miembros mencionados se comportaron dignamente, como ya explicamos, antes de su vida en común.

Por cierto que algunos de ellos, habiéndose decidido a guardar la virginidad o la castidad perpetua, no se habían unido en matrimonio; en cambio otros estaban ya casados; y por fin unos más se encontraban libres del vínculo matrimonial por la muerte de la esposa.

¡Oh admirable y grande obra de amor, llena de incomprensible misterio! Y cómo nuestra Señora se propuso manifestar claramente por el número siete de los citados hombres encargados de iniciar su Orden, que la futura perfección de la misma debería basarse en los siete dones del Espíritu Santo, en cuya saludable consonancia los siete varones se encontraban; así también por medio del triple estado de la Iglesia, en ellos laudablemente estaban unidos, quiso patentizar en forma pública que todos hubieran podido acudir con seguridad a su Orden, como a la sexta ciudad de refugio espiritual, y en cualquier estado ellos se encontraran, con el fin de conseguir para sí la salvación de su alma, o también conservarla, siempre que ya la hubiesen adquirido; y por último, una vez ingresados a la Orden y después de haberle debidamente y fielmente servido, implorar de Ella y de su Hijo la gracia y la gloria.

Así aparece su primer estado, antes de que vivieran en común, y que se expone en el libro de las *antiguas Constituciones*<sup>30</sup> - vigente en esa época – cuyo texto reza: “Puesto que unos de éstos estaban ligados por el vínculo del matrimonio, y por eso no podían meterse en las sendas de una vida demasiado austera, acordaron escoger un camino mediano que pudiese practicarse fácilmente tanto por los célibes como por los casados”.

17. Efectivamente el provecho para la vida social y de los ciudadanos reside en el intercambio de las cosas terrenas; por tanto se escogieron diversas formas y tácticas de negociar entre las gentes, con el fin de conseguir un determinado beneficio con la mayor facilidad y mejor interés. Ahora bien, estos siete hombres, antes de juntarse para vivir comunitariamente, eran unos expertos en el arte mercantil para canjear y negociar con las cosas terrenas. Pero una vez que encontraron la perla preciosa<sup>31</sup>, o más bien cuando aprendieron de nuestra Señora cómo conseguir esa perla – es decir, nuestra Orden – mediante la unión de sus almas y cuerpos y bajo la inspiración del Espíritu Santo, produciéndola y proyectándola en el mundo; y aún más, cuando interpretaron de nuestra Señora que se instituyera y se propagara esa Orden por el mundo en forma novedosa, y se diera a conocer a todos los que digna y fielmente quisiesen servir a nuestra Señora; no sólo repartieron entre los pobres lo que poseían, vendiéndolo según el consejo evangélico<sup>32</sup>, sino también que se empeñaron alegremente a sí mismos a servir con generosidad a Dios y a su Señora.

Y con eso, mientras anteriormente eran comerciantes en cosas terrenas, por medio de su vida en común comenzaron a practicar una nueva profesión<sup>33</sup> y el arte de llevar las almas al Señor y a nuestra Señora, y a conservar intactas las que ya a ellos pertenecían por su escrupuloso servicio.

Tales tratos y arte iniciados por ellos alcanzarían más tarde una completa perfección por obra del beato Felipe, para transmitirse después a los frailes deseosos de servir fielmente a Dios ya nuestra Señora. De esta manera se convirtieron en atentos negociantes de cuantas almas hubiesen podido salvar.

Así queda aclarado su segundo estado de vida.

---

<sup>30</sup> De este texto legislativo, del cual en el n. 18 se cita un segundo pasaje relativo al servicio de la Virgen, no tenemos otros conocimientos. Servía para regular la vida de penitencia de las personas en el mundo.

<sup>31</sup> Mt 13, 45-46.

<sup>32</sup> Mt 19, 21; Lc 12, 33.

<sup>33</sup> Este nuevo trabajo, el de llevar a las personas al servicio de Dios y de la Virgen, es el *arte* que los padres han dejado en herencia a sus hijos, como se ha dicho en el n. 1.

18. El tercer estado suyo, antes del origen de la Orden, se refiere a la reverencia y al honor hacia nuestra Señora.

Existe, en efecto, en Florencia cierta agrupación en honor de la Virgen María, fundada desde tiempos muy remotos, la cual por su antigüedad, santidad y número de socios hombres y mujeres, se llama en particular “La Mayor”, a preferencia de muchas otras, teniendo presente que en la misma ciudad hay cantidad de sociedades dedicadas a nuestra Señora, solamente a ésta se le nombra en particular “Sociedad Mayor de Nuestra Señora”<sup>34</sup>. A ésta pertenecían – anteriormente a su vida en común- los siete hombres ya mencionados, iniciadores de nuestra Orden y principales amantes de nuestra Señora.

De esto se desprende cómo todos los frailes de nuestra Orden, por el hecho de que ésta proceda de la provincia Toscana, de la ciudad de Florencia y de la Sociedad mayor de nuestra Señora, están obligados no sólo a apreciar de todo corazón y a honrar el lugar y la gente de esa provincia y ciudad y a la ya mencionada Sociedad, sino también a pedir siempre devotamente a Dios por esos lugares y personas, por su conservación y por la santificación de la misma gente.

Por otro lado queda claro también que todos en general los de dicha provincia, en especial los de la ciudad de Florencia, y particularmente todos los miembros de la mencionada Sociedad Mayor de nuestra Señora – siempre que se tome en consideración tan grande beneficio concedido a ellos por parte de nuestra Señora – están necesariamente obligados a venerar en forma perenne y con todo respeto a los frailes de la Orden de los Siervos de Santa María y a la Orden toda en cualquier lugar de la tierra se encuentren, y a procurar con todas sus fuerzas, de acuerdo con sus posibilidades, a promover el honor de nuestra Señora y el beneficio de los frailes.

Y justamente, como la ciudad de Bolonia se siente honrada por el beato Domingo y consecuentemente por el comienzo de la Orden de los Predicadores; y la ciudad de Asís es venerada en todo el mundo por motivo del beato Francisco y por el origen de la Orden de los Menores; así la ciudad de Florencia se ennoblece de manera especial, singular y admirable por el beato Felipe, por los recordados siete varones, como también por el origen de la Orden de nuestra Señora.

Se comprueba pues cómo los boloñeses deben exaltar por ese motivo a la Orden de los Predicadores en la medida que pueden; y por lo mismo la ciudad de Asís está obligada a otorgar de todo corazón favores y beneficios a la orden de los frailes Menores; así los toscanos en general y los ciudadanos de Florencia en especial, y particularmente los miembros de la mencionada Sociedad mayor de Santa María, para reverencia y honor de la misma nuestra Señora, tienen que empeñarse a conservar, ayudar y fomentar el progreso de su Orden en Florencia y por doquier, como un tesoro confiado a ellos. De tal forma se destaca el tercer estado.

Este tercer estado, como se presenta en el citado libro de las Constituciones respecto al culto de nuestra Señora, se expresa en estos términos: “Preocupados por su imperfección, rectamente pensaron en someterse con humildad y con el más completo fervor de sus corazones a los pies de la Reina del cielo, es decir, de la gloriosísima Virgen María, en la inteligencia de que Ella, en calidad de mediadora y abogada, los reconciliara y encomendara a su Hijo, y supliendo con su abundante caridad su propia imperfección, impetrara misericordiosamente para ellos la fecundidad de méritos. Por eso, para el honor de Dios, ofreciéndose al servicio de la Virgen Madre, quisieron desde entonces ser llamados *Siervos de Santa María*, comprometiéndose a una determinada regla de vida, según los consejos de sabias personas”.

---

<sup>34</sup> Esta Sociedad, talvez instituida por san Pedro de Verona durante su permanencia en Florencia, aparece por primera vez en un documento del 28 de marzo de 1245 en el cual Arrigo de Baldovino y otros dos laicos “siervos de santa María” donan a la sociedad de la Virgen María, cuyos miembros también se llamas “siervos de santa María”, el hospital de S. María de Fonte Viva.

19. Su cuarto estado, antes del origen de nuestra Orden, se relaciona con la perfección de su alma y para una digna y futura institución de la misma Orden, por estar ellos ya entrenados en la perfección.

Realmente la perfección de cada quien en relación con Dios consiste en la vida, siempre que ésta se funda sobre la religión cristiana, porque sólo por el ejercicio de la verdadera y cristiana religión que se vuelve una acción habitual de la persona<sup>35</sup>, se penetra a la vida sobrenatural, la que comienza con el bautismo o la penitencia: en efecto, dice Isaías, *de no creerlo, tampoco entenderemos*<sup>36</sup> ni podremos conocer la ya mencionada vida.

Ahora bien, el bautismo es el sacramento de la fe, pues por medio del mismo se consigue la fe, o mejor dicho, se le infunde por medio de Dios. Pero la penitencia es la recuperación de la fe perdida por la impiedad, o bien la devolución de su primera belleza, manchada por el pecado, mediante la remoción del mismo. Y realmente, como se demostró poco antes, la verdadera religión de Cristo reside en la eficacia de la vida superior, la que se inicia por el bautismo y la penitencia, mediante la contemplación de la Pasión de Cristo, en fuerza de la cual imponemos a nuestras almas a robustecer el culto adecuado a Dios.

Y estos venerables y principales progenitores nuestros e iniciadores de la Orden podrían considerarse perfectos aún antes de que vivieran en común. Efectivamente ejercían la práctica de la verdadera religión cristiana por medio de la penitencia – ya adoptada voluntariamente – aunque no todos observaran esa obligación que proviene del bautismo. A través de esta verdadera religión habían comenzado a vivir la vida superior de la gracia, votando a Dios sus almas, o bien estrechando aún más esos vínculos, ejercitándose con todas sus fuerzas en la observancia del culto divino.

Además no hay duda de que ellos estuvieran empapados de la genuina virtud de la cristiana religión. Por cierto, la virtud es una práctica libremente seleccionada<sup>37</sup> y que reside en la mente respecto a nosotros, determinada por la razón, según cuanto estableció la ciencia. Ahora bien, estos gloriosos hombres, pioneros de nuestra Orden, conociendo con la ayuda de Dios la virtud de la religión, y anhelando adornarse perennemente con esa preciosísima perla que acababan de encontrar y de cuyo valor se habían percatado, se desprendieron por completo de sí mismos y de sus cosas, con tal de poseerla.<sup>38</sup>

Guiándose además en todas sus acciones no como prescribe la razón y en el límite de lo posible según los dictados de algún sabio del mundo, sino más bien en los términos que la Sabiduría Eterna decreta en sus sacratísimas palabras evangélicas. No cabe duda que ellos poseyeran el hábito de la religión y, de este paso, también la perfección relacionada con Dios; aparte que hayan practicado las obras de perfección.<sup>39</sup>

Efectivamente la virtud es la que perfecciona a quien la posee y convierte en bien su manera de obrar<sup>40</sup>. Y que ellos dominaran la práctica de la religión, se desprende también del hecho que el indicio de la existencia de un hábito es el regocijo o la tristeza en la ejecución de las obras. Ahora sabemos que estos gloriosos varones manifestaban satisfacción o abatimiento en la actuación de sus

---

<sup>35</sup> Literalmente “hábito de la religión cristiana”. El *hábito* es un concepto importante de la ética aristotélica. Por su naturaleza el hombre es potencialmente capaz de virtudes y de vicios; actualiza esta capacidad mediante el ejercicio, es decir repitiendo una serie de actos del mismo tipo. La repetición de estos actos es la costumbre (*ethos*); el resultado de esta repetición es el *hábito*, que queda en nosotros como cualidad o disposición o pensamiento estable que posteriormente regula otros actos del mismo tipo. El *hábito de la religión cristiana* es, por lo tanto, la orientación vital y estable que la fe, concretamente vivida y reafirmada día a día, se crea en la persona.

<sup>36</sup> *Is 7,9*.

<sup>37</sup> Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, II, 6: “Por lo que la virtud es un hábito electivo, que consiste en el justo equilibrio respecto a nuestra persona, determinado por la razón y de acuerdo a como lo podría determinar un sabio”. En lugar de *in medietate* (el justo medio) la LO lo presenta como *in mente*. Esta definición de la virtud fue posteriormente tomada por santo Tomás de Aquino (*Somma Teologica* I-II, q. 58, art. II, n. 4).

<sup>38</sup> *Mt 13, 45-46*.

<sup>39</sup> *Ética a Nicómaco*, II, 6.

<sup>40</sup> *Ética a Nicómaco*, II, 3.



labores; pues gozaban inefablemente en el Señor toda vez que caían en la cuenta de ser ellos un instrumento efectivo de sus propias obras; de lo contrario, al percatarse de alguna posible desviación en su comportamiento, corregían esa conducta con lágrimas de arrepentimiento. Así que por esta señal de gozo o de tristeza en las obras, inspirados como eran por Dios y auxiliados por nuestra Señora, tengamos por cierto que ellos poseían la virtud de la religión.

20. Este hábito de la cristiana religión les hacía contemplar seriamente la vida suprema de la gracia y de la gloria. Una propiedad<sup>41</sup> de la fe que busca conquistar a los que se votan a la contemplación de la vida celestial, hasta convertirlos en sus vasallos.

Estaban pues tan animados en la consideración de las cosas divinas por motivo de esa formación religiosa, tanto como para sentirse transportados hacia la misma casi por inclinación natural; y *habiendo escogido ya la parte mejor* de la contemplación<sup>42</sup> a tal grado de no preocuparse en lo más mínimo de las cosas terrenales - sino sólo querían conocer y poseer los bienes celestes<sup>43</sup>-, vivían y conversaban exclusivamente con personas de reconocida santidad y solamente trataban de asuntos relacionados con la gracia. Con absoluta razón entonces podían repetir con el Apóstol: "*Nuestra patria está en el cielo*"<sup>44</sup>.

Una vez compenetrados del apego para la vida celestial por medio de la contemplación, se entregaron a Dios sin reserva con toda el alma; o mejor dicho, ambicionaban permanecer indisolublemente unidos a Dios.

Cierto es que tanto apreciaban estar vinculados a Dios por los nexos de la caridad, al punto de temer como el mayor suplicio no sólo el pensar en una posible separación de Él, sino que con dificultad llevaban el peso de seguir viviendo en este mundo mientras esperaban ansiosos la muerte corporal, para poder estar eternamente con Él.

Así, consiguiendo una perenne unión con Él, podían decir con el Apóstol: "*Sentimos el ansia de ser destruidos para estar con Cristo*".<sup>45</sup>

21. En conclusión, encontrándose tan íntimamente unidos a Dios y perfectamente religiosos, se mantenían continuamente ocupados en el culto divino, con el fin de poder conservar esa virtud de la religión.

Sin embargo, existe un doble culto divino: uno genérico, propio de los que, después del bautismo, o cuando menos después de la penitencia, desean mantenerse lejos del pecado aun viviendo en el mundo; y el otro es de los que pasan al estado religioso, donde no sólo se conservan lejos del pecado, sino que además se comprometen con los tres votos religiosos y desean dedicarse totalmente al servicio divino.

Ahora bien, estos hombres religiosos, vanguardias de nuestra Orden, estando todavía en el mundo, pero ya cautivos de Dios por el amor de una vida más perfecta, practicaban el primero y genérico culto divino amando a Dios<sup>46</sup> sobre todas las cosas y, encaminando a Él todo lo que hacían, lo honraban con todos sus pensamientos, palabras y obras.

Así que, mientras consagraban a Dios todas sus buenas obras y las reconocían como inspiradas por Dios, vivían de consecuencia este primero y genérico culto divino; al mismo tiempo se alistaban para el segundo y especial culto, eso es, a vivir juntos ya a comprometerse con los tres votos de

---

<sup>41</sup> El texto utiliza el difícil término de *domina*, talvez como resultado de una lectura errada del copista, o más probablemente, de la fuente aristotélica.

<sup>42</sup> Cfr. *Lc 10, 38-42*.

<sup>43</sup> «Conocer y poseer sólo las cosas celestes» es una variante de *vacare Deo*, ser libres de todo para dedicarse solamente a Dios, expresión recurrente en el medioevo para indicar el compromiso y el sentido de la contemplación. Para "*vacare contemplationi*" (dedicarse a la contemplación) cfr. n. 30 de la LO:

<sup>44</sup> *Fil 3, 30*.

<sup>45</sup> *Fil 1, 23*.

<sup>46</sup> *Dt 6,5; M 22, 37*. Cfr. el inicio de la regla de san Agustín: "*en primer lugar se ama a Dios*".

religión, como son la obediencia, la castidad y la pobreza, y a dedicarse con inteligente ahínco al servicio de nuestra Señora.

## Capítulo Cuarto

### **DEL POR QUÉ SÓLO SIETE HOMBRES FUERON ESCOGIDOS PARA DAR INICIO A NUESTRA ORDEN. DE SU PERFECCIÓN. DEL TRIPLE NOMBRE DE LA ORDEN.**

22. Oh hermanos míos, éstos tan gloriosos varones – como se mencionó anteriormente – nuestros Padres y principales iniciadores de nuestra Orden, merecían toda alabanza ya desde antes de juntarse para dar origen a la misma. ¡Oh qué gran dignidad y nobleza de nuestros Padres, y cómo todos tienen que reflexionar en ellos con justa reverencia! Realmente tales y de tanto mérito fueron delante de nuestra Señora, para que Ella se dignara comenzar con aquellos la Orden suya, misma que de sus Siervos.

¡Oh admirables héroes, ya dignamente recordados como nuestras espirituales Pléyades relumbrantes de perfección, y por esto convocados por nuestra Señora en cuerpo y espíritu para dar principio a su Orden, y así desbaratar espiritualmente la vuelta de Orión, en donde se mueven los impíos, para indicar el recto camino por el cual se llega a la vida eterna!

Efectivamente las estrellas Pléyades son siete y pertenecen a la constelación de Tauro, en cuyo signo entra el sol, el día 15 de abril; por tanto es necesario que tales estrellas empiecen a aparecer en la primavera, es decir, cuando el sol calienta más con sus rayos y prepara la tierra, dejándola lista para el arado, y hace que retoñen y florezcan los árboles; así estos gloriosos hombres – primeros fundadores de nuestra Orden como siete espirituales estrellas Pléyades- comenzaron a parecerse concretamente al mundo. Y para entonces Cristo, luz del mundo, con su divina potencia había iniciado a irradiar, calentar y encender el mundo en una forma novedosa y simultánea por medio de las citadas luminarias, el beato Domingo y el beato Francisco con los que había comenzado nuevamente a iluminar la tierra y a calentarla con rayos de una luz más intensa.<sup>47</sup> En realidad, por la proclamación de la palabra y el ejemplo de humildad, iba desapareciendo poco a poco la glacial incredulidad y volvía el calor del amor primero, el cual ya estaba casi al borde de la extinción. Todo esto se lograba cuando el campo del corazón humano se abría por el calor del sol de justicia, para transformarlo en tierra fecunda mediante surcos hendidos por arados seguros, auténticos trabajadores de Dios y que abren paso en los corazones. Era entonces el tiempo en que los árboles, es decir las Órdenes del beato Domingo y del beato Francisco – aun viviendo ellos en el mundo – comenzaban a florecer en virtud, germinaban produciendo verdaderos extirpadores de herejías. Todo lo cual aconteció, como he dicho, en un tiempo de primavera espiritual.

Como se dijo anteriormente, esos siete hombres habían alcanzado en el transcurso del tiempo tanta perfección y tan grandes méritos delante de Dios que, al tiempo del nacimiento del beato Felipe, en 1233, habían logrado un nivel de santidad por medio de las recordadas luminarias y de los frailes pertenecientes a las Órdenes fundadas por ellos, los que habían ya comenzado a predicar abiertamente la palabra de Dios, a tal grado de ser considerados ellos mismos estrellas espirituales, quienes podían conducir a otros al estado de perfección, difundiendo rayos de palabra divina y ejemplos de humildad.

Una señal evidéntísima de su perfección y religiosidad puede también deducirse del hecho que nuestra Señora quiso, mediante ellos, dar principio a su propia Orden y a la de sus Siervos, tomando

---

<sup>47</sup> La literatura del tiempo veía la renovación realizada por Francisco y Domingo, como una nueva estación de la historia de la Iglesia caracterizada por los dones del Espíritu, según las profecías de Joaquín de Fiore (muerto en 1202) que tenía un eco particular sobre todo en el ambiente franciscano.

en cuenta la vida que llevaban. Si ellos realmente no hubiesen ya alcanzado la cumbre de la santidad sobre todos los demás, y si no hubiesen sido gratos a nuestra Señora y a su Hijo más que otros de ese entonces, es decir, cuando se complació de empezar la Orden, sin duda no hubiera escogido a éstos, sino a otros, para la grande obra de suscitar la Orden que tendría que ser dedicada a Ella e intitulada a su nombre.

23. Si nos mueve a dificultad en contra de su perfección y religiosidad el hecho de que no relatamos ningún milagro obrado por ellos en vida o en muerte, o cuando menos después de su muerte corporal.

En efecto todos, o algunos de ellos pudieron muy bien relucir con muchos milagros una que otra vez; sin embargo se puede dar por descontado que ninguno de estos hechos ha llegado a mis oídos, ya sea por los años transcurridos, como por la muerte de los ancianos de nuestra Orden. Otro motivo es que el hacer milagros no manifiesta señal segurísima y especial de perfección y religiosidad: así nadie podría considerarse perfecto y verdadero religioso si –dios no hubiese obrado milagros de vez en cuando y por su intercesión; lo que sin duda es falso. En cambio la consigna para todo perfecto religioso de verdad, es amar a Dios inmensamente, fomentar la caridad con todos y mantener la humildad de espíritu.

Por esto nuestro Señor no dijo: Aprended de mí a resucitar a los muertos, a dar vista a los ciegos; sino más bien: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón*<sup>48</sup>; y además: *Os he dado el ejemplo de que os améis unos a los otros, como Yo os he amado.*<sup>49</sup>

De aquí entonces que en el día del juicio, mientras que muchos para demostrar su perfección y religiosidad – alegando la prueba de los milagros – dirán: *Señor, en tu nombre hemos echado a los demonio, hemos resucitado a los muertos*<sup>50</sup>, etc., de todos modos, como para demostrar que el obrar milagros es señal fraudulenta de perfección y de religiosidad, oirán de Cristo: *En verdad os digo, no os conozco*<sup>51</sup>; *lejos de mí vosotros todos, operarios de iniquidad.*<sup>52</sup> Por cierto no escucharían estas terribles palabras de respuesta, si el hacer milagros fuese signo evidente de perfección y religiosidad.

24. Hay que tomar en cuenta además otro motivo particular, importantísimo por el cual, aunque esos varones fueran perfectos, no nos damos por enterados de algún milagro obrado por ellos; y se me hace de haber mencionado más arriba esta causa.

Efectivamente nuestra Señora quiso que nadie de esos santos y perfectos varones que obrase auténticos milagros, se contara como iniciador de su Orden, a fin de presentarse Ella sola como fundadora de esta orden suya, consagrada de manera especial a su nombre.

Esto pues no sucedió sin razón y por casualidad, sino que debemos pensar que fue por disposición especial de Dios y de nuestra Señora. Por otra parte, como todas las Órdenes llevan convenientemente el nombre de sus principales fundadores – y la Orden de nuestra Señora tenía que ser especialmente distinguida por Ella – así era conveniente que nadie, excepto Ella, pudiera ser considerado verdadero fundador de la Orden.

Y resultará más claro lo que he mencionado, por lo que sigue: Y realmente siuviésemos que atribuir a cualquier otro, fuera de nuestra Señora, la fundación de nuestra orden, esto debería competerle en forma especial a los citados siete hombres, sobre todo por su perfección, aparte que fueron los primeros de la Orden. Pero como lo supe por el mencionado fray Alejo, quien fue uno de los siete frailes, y era su costumbre recordarlo con frecuencia a los hermanos, de ninguna manera hay que señalar esto al mérito de todos los siete primeros frailes, ni de alguno de ellos en particular.

---

<sup>48</sup> Mt 11, 29. El texto evangélico se lee a través del comentario que hizo Agustín, *Discurso 69, 2* (en *Obras de san Agustín, XXX/1*, roma 1982, p. 384-385).

<sup>49</sup> Jn 13, 15.34.

<sup>50</sup> Mt 7, 22.

<sup>51</sup> Mt 25, 12.

<sup>52</sup> Mt 7, 23.

Estas son las palabras que me dijo, y que frecuentemente repetía a los frailes, como ya se dijo antes: “Nunca, decía, fue mi intención, di de mis compañeros, la de fundar una nueva Orden; ni que de la unión mía y de mis compañeros – aceptada de común acuerdo – tuviera que producirse una multitud tan grande de frailes. Sino que yo y mis compañeros solamente de haber sido reunidos por inspiración divina, con el único fin de que dejando el mundo, pudiéramos más fácilmente y más dignamente cumplir con la voluntad de Dios. Por tanto, esto hay que atribuírselo exclusivamente a nuestra Señora; y por consecuencia nuestra orden tiene que nombrarse por ella y de manera singular: Orden de la Bienaventurada Virgen María”.

25. Esto además no contradice a la verdad ya enunciada: que nuestra orden se nombra también orden de los frailes Siervos de la Bienaventurada virgen María.

En realidad nuestra orden tiene tres nombres: uno general, por parte de la Regla; otro especial, por la actividad propia de los que la componen; el tercero particular, por parte de nuestra Señora su fundadora.

Así la orden de los Predicadores tiene un nombre genérico por la Regla, por el que se le nombra “Orden de san Agustín”; tiene otro especial por la actividad propia de los que constituyen, por cuya actividad se le llama “Orden de los frailes Predicadores”; y por fin tiene un tercer nombre particular que le corresponde por su primer fundador, por el que se le dice “Orden del beato Domingo”.

Igualmente nuestra Orden, si bien en tono diferente, exhibe tres nombres. Tiene un primer nombre general por la regla del beato Agustín<sup>53</sup>, la que profesaron los veteranos de nuestra Orden, por cuya regla se le dice generalmente "Orden de san Agustín"; presenta un segundo nombre especial, por la actividad propia de los que a ella pertenecen, por cuya actividad se le conoce especialmente como “Orden de los frailes Siervos de la Bienaventurada Virgen María”; y finalmente ostenta un tercer nombre, aceptado y que procede de la misma nuestra Señora, su primera fundadora, por quien se le denomina en particular “Orden de la Bienaventurada Virgen María”.

Por tanto concluimos lógicamente que nuestra orden debe llamarse: Orden de la Bienaventurada Virgen María. Por lo tanto, aunque se le llame genéricamente como ya explicado “Orden del beato Agustín”, y de modo especial “Orden de los Siervos de la Bienaventurada Virgen María”, propia y únicamente merece nombrarse por todos sólo como “Orden de la Bienaventurada Virgen María”.

## Capítulo Quinto

### DE LA VIDA Y MUERTE DE FRAY ALEJO, UNO DE LOS SIETE PRIMEROS FRAILES QUE DIERON ORIGEN A LA ORDEN Y LA RAZÓN DE SU LARGA VIDA.<sup>54</sup>

26. Existieron pues siete hombres, renombrados por su alta perfección, como ya se dijo, al punto que nuestra Señora estimó cosa digna dar principio a su Orden por medio de ellos. Cuando yo entré en la Orden no encontré a nadie de éstos que aún sobreviviera, excepto a uno que se llamaba fray Alejo, ya mencionado con anterioridad. Ciertamente es que agradó a nuestra Señora preservar exento de la muerte corporal a este fray Alejo hasta nuestros días, en cuanto, a la luz de sus relatos, conociéramos el origen de nuestra orden, para transmitir así el recuerdo de esos comienzos a los que seguramente seguirían en nuestra Orden hasta el final de los tiempos.

---

<sup>53</sup> Con el término *Regla de san Agustín* se designaba, en aquella época, el texto legislativo atribuido al santo (*Regla a los Siervos de Dios*), a quien se le había permitido el inicio del llamado *Ordo monasterii* -

<sup>54</sup> El título continuaba con un inciso (“y los nombres de los compañeros y el tiempo de su muerte”) que el copista canceló con una serie de puntos, porque ya no correspondía al contenido del capítulo.

Efectivamente yo soñaba que no se perdieran irremediabilmente los datos y testimonios sobre el origen de nuestra Orden al fallecer el mismo fray Alejo, y por consecuencia no se inculpara de ingratitud a nadie de nosotros, contemporáneos suyos; por eso en varias ocasiones indagué sobre el comienzo de nuestra Orden.

Pero un día fui de propósito a su celda, con el fin de conocer mejor lo que ya mencionamos; le entrevisté con sumo interés y atención, clara y ordenadamente, como mejor pude hacerlo, sobre todo lo que esencialmente tuviese referencia con dicho origen, y escribí luego por mi propia mano y en hoja especial todo lo que él contestó a las preguntas que yo pensé dirigirle. Acostumbraba yo leer con frecuencia y gran avidez este escrito, con el fin de examinar detenidamente el contenido e imprimirlo en la memoria. Pero cierto día, encontrándome en el convento de Siena<sup>55</sup>, sentado casualmente en el borde del pozo, teniendo en mis manos dicho documento que siempre llevaba conmigo y lo leía con mucha reverencia, como por envidia del diablo<sup>56</sup>, de repente se me zafó de la mano, hasta por fin caer al pozo, con gran dolor de mi corazón, después de haber volteado un poco por el aire.

Sin embargo, aunque por esta pérdida yo haya olvidado, por los años transcurridos, muchos detalles que estaban escritos en el documento, de todos modos conservé siempre en la mente las cosas esenciales sobre el origen de nuestra Orden, tal y como las escuché del citado fray Alejo; mismas que ahora las reporto fidelísimamente por voluntad de nuestra Señora, quien me obliga a esto en forma particular, y las entrego para siempre al cuidado de nuestros frailes, como el más apreciado tesoro que ellos jamás hayan deseado.

27. Además la vida de dicho fray Alejo, como yo mismo pude comprobarlo y observarlo con mis ojos, era tal que no sólo incitaba a los presentes con su ejemplo, sino que iba manifestando la perfección suya y la de sus compañeros, como también el mencionado estado de religiosidad de los mismos. Realmente, debido a su avanzada edad, a sus enfermedades y al largo tiempo en que había soportado en la Orden el “peso del día del calor”<sup>57</sup>, hubiera sido muy natural que deseara un merecido descanso, como el exigir alimentos de acuerdo con su edad, o vestir prendas que lo calentaran, o acostarse sobre una cama mórbida para alivio y descanso de su frágil cuerpo; sin embargo, demostrando en esto su perfección y religiosidad, se le antojaba siempre lo contrario. Y es verdad que nunca pedía alimentos especiales o delicados, sino que quería comer siempre en el refectorio común, contento de la comida de la comunidad. Y si una que otra vez, obligado por enfermedad grave, no podía participar a la comida en común con los demás frailes, no quería variar los alimentos del convento, y éstos lo agradaban; o a lo más recogiendo en la huerta unas hierbas, acostumbraba a veces comerlas calientes para aguantar el frío de su enfermo y perjudicado cuerpo, sin apetecer jamás alimentos especiales.

Aborrecía el uso de indumentaria muy fina<sup>58</sup>, y queriendo mantenerse en un término medio, se vestía de hábitos no demasiado corrientes, pero tampoco ricos. Por lo que se refiere a la cama, no sólo no la quería de acuerdo con sus enfermedades, y por consecuencia confortable y suave, sino que, como les consta muy bien a todos los que vivieron con él en el convento, usaba tablas de madera en lugar de colchón<sup>59</sup> y un paño áspero en lugar de sábanas.

Además no evitaba los trabajos materiales, como de ordinario puede acontecer a esa edad, sino que siempre los ejecutaba hasta más allá de sus fuerzas; y también cuando los frailes se quejaban

---

<sup>55</sup> El convento sienese de Santa María o de San Clemente fue fundado en 1250 con el patrocinio del obispo local, Bonfilio, a poca distancia de la fundación del convento florentino de Cafaggio. Cafaggio y Siena son las dos primeras emanaciones de la comunidad de Monte Senario.

<sup>56</sup> Cfr. *Sab 2, 24*.

<sup>57</sup> *Mt 20, 12*.

<sup>58</sup> Cfr. *Mt 11, 8*.

<sup>59</sup> Las *Constitutiones antiquae*, concedían a los enfermos el uso del colchón (cap. XI). Para el régimen frugal, humilde y penitente de fray Alejo, cfr. también las prescripciones de las *Constitutiones antiquae* referentes al ayuno (cap. VII), a la comida (cap. VIII), al vestido (cap. XII).

por eso, él mismo no escatimaba esfuerzo alguno en cumplirlos, con gran deleite suyo. A pesar de poseer, como ya se dijo, tanta perfección, y de ser considerado de parte de todos los frailes con el máximo honor y respeto por tratarse de uno de los primeros siete frailes, mediante los cuales nuestra Señora empezó la Orden, él cultivaba la humildad y caridad en sus modales, palabras y obras, como para no perder ninguna oportunidad de ejercer los más humildes ejercicios. Efectivamente, en el límite de lo posible y como el último de los frailes, se esforzaba en cumplir con todo el oficio común, fuere éste corriente o pesado. Y también, mientras pudo, quería en su día de turno salir del convento como cualquier otro más fuerte pero el último de todos, ofreciéndose en algún trabajo para conseguir el sustento, hasta contra el pensar común de los frailes. Además se afanaba – junto con los demás frailes – en cumplir con todas las incumbencias del convento, al parecer despreciables para el mundo, enseñando con esto su propia caridad que guardaba con todos y la humildad que llevaba en su corazón, dejando así el ejemplo para que lo imiten todos los frailes que desean servir fielmente a nuestra Señora.

28. Tocando por fin la senectud, después de haber visto con sus propios ojos el incremento de su orden y la afluencia y la santidad de los frailes, hasta gozaba por la seguridad de recibir el premio de parte de su Señora, por haberle servido fielmente. Llegado pues al extremo de su vida, casi para externar la contemplación y pureza suya y de sus compañeros – como me enteré por las palabras de fray Lapo de Florencia, sobrino de fray Sóstenes, quien estuvo presente en su traspaso -, llamando recio y jubiloso a los frailes, les indicó lo que estaba contemplando: veía los ángeles bajar para su tránsito en forma de blanquísimas aves y de una hermosura indescriptible, y Cristo en medio de esas aves y ángeles en la apariencia de un bellissimo niño, mirando también una corona de oro adornada con una cruz suspendida sobre su cabeza.

Vivió pues casi 110 años, alcanzando el año 1310 de la Natividad del Señor. Por tanto se deduce que el inolvidable fray Alejo vivió en nuestra orden casi 77 años<sup>60</sup>, tomando en cuenta el período en que él se juntó con sus compañeros en la eventualidad de dar principio a nuestra Orden, y cotejándolo con el antes mencionado tiempo de su muerte.

## Capítulo Sexto

### DE LA UNIÓN ESPIRITUAL DE LOS SIETE FRAILES CUANDO VIVÍAN EN EL MUNDO. DE SU PREPARACIÓN Y DE SU UNIÓN EN LA VIDA EN COMÚN

29. Hay que saber que cada uno de estos siete hombres, aun viviendo en Florencia y en su propia casa, practicaban la perfección y religiosidad, hasta que nuestra Señora juzgara conveniente apartárselos, para que ellos dieran origen a su Orden.

Aunque no se conocían entre ellos por el hecho de vivir en diferentes zonas de la ciudad, por la providente y activa voluntad de nuestra Señora, quien cuidaba sus pasos para instituir su Orden, como también por el impulso de los mismos congregados, se unieron primeramente uno con otro con lazos de perfecta amistad y por vínculos de amor<sup>61</sup>. Era justo, por otra parte, que los que estaban unidos por la semejanza de la misma perfección y religiosidad se enlazaran también con los vínculos de amor de una amistad espiritual, como aquéllos que no mucho tiempo después se agruparían finalmente – disponiéndolo nuestra Señora – para la institución de nuestra Orden. Una señal positiva además de que ellos se sintieran unidos entre sí por un amor a la perfecta caridad relacionado con la institución de nuestra Orden, se desprende del hecho que no sólo ese apego a la

---

<sup>60</sup> El párrafo terminaba con una frase que se dejaba en suspenso que después fue cancelada por el copista con una fila de puntos: “*los nombres de los seis compañeros de fray Alejo (que) con él (dieron inicio a) nuestra (Orden)...*”.

<sup>61</sup> *Os 11, 4*

caridad los obligó a sentirse plenamente de acuerdo por amor y benevolencia en las cosas divinas y humanas, según el beneplácito de Dios; sino también a no tolerar una separación absoluta entre ellos, como tampoco a no poder aguantar por una sola hora – sin experimentar alguna molestia – el estar apartados unos de otros.

Como les agradaba ya la mutua unión tanto en lo divino como en lo humano, así se afianzó en ellos la idea de abandonar en forma tangible todas las cosas terrenas, hasta olvidarlas completamente. Se dejaron llevar con entusiasmo en este firme propósito, pues de aquí llegarían a descubrir la posibilidad de convivir espiritual y físicamente en el constante aumento de buenos ejemplos, palabras y obras; y por fin alcanzarían gozar de la gloria celestial en alma y cuerpo, junto con Cristo por cuyo amor se mantenían en recíproca amistad.

30. Resueltamente decididos por divina inspiración y de común acuerdo a llevar a cabo la vida comunitaria mediante una asidua y constante penitencia hasta la muerte para la salvación de su alma, lograron convertir en realidad su aspiración, no actuando de manera superficial o por casualidad, sino después de seria y prudente consideración y bajo el especial impulso de nuestra Señora. Siguiendo el mismo proceso, tuvieron la precaución de arreglar sus negocios con toda justicia y libertad, esforzándose en alcanzar ese objetivo a costa de sacrificios y llenos de brío, para poder entregarse perfecta y completamente por el resto de su vida al servicio de Dios y según su beneplácito.

Para llegar entonces a una precisa conclusión, como primer paso se deshicieron de todo lo que podía ayudarles a efectuar esa codiciada unión de vida, por supuesto de acuerdo con la mencionada justicia y completa libertad: dispusieron pues, acerca de sus propias casas y familias, y dejándoles a éstas últimas lo necesario, repartieron lo sobrante a los pobres y a las iglesias, para mortificación de sus almas; en fin acordaron de no guardar absolutamente nada para sí en el momento de su unión.

Además, aquellos que todavía estaban ligados en matrimonio, desvinculándose del mismo con el consentimiento de sus respectivos cónyuges y de acuerdo con las disposiciones del derecho, dejaron también que se consagraran al servicio divino a las que quisieran por su propia voluntad.

Y por todo lo que se refiere a todo aquello que hubieran podido administrar sin dejar de prestar servicio al Señor y viviendo ya juntos, arreglándolo mucho tiempo antes de su unión real, cada quien se preparó en su propia casa mediante un cuidadoso estudio, acostumbándose sistemáticamente a todo lo que hubiere tenido que observar al momento de unirse en forma definitiva.

Ahora bien, arrojando de una vez la vestimenta preciosa y sirviéndose de la más corriente, todos usaron al principio una capa y túnica de paño gris; luego, dejando las camisas de linos, se ciñeron de cilicios; enseguida, sustentándose moderadamente con escasos alimentos y bebidas, se esforzaron de hacerlo sólo por necesidad; después, rehusando absolutamente a las inclinaciones carnales, observaron perfectamente el pudor. Vigilaban sus pensamientos, palabras y sentidos, así que procuraban reducirlos al punto justo, manteniéndolos dentro de los límites del exceso y de la deficiencia; entreteniéndose además día y noche en la oración, aprendieron a complacerle solamente a Dios; y huyendo después del bullicio mundano y de las aglomeraciones de los hombres, se iban a los templos y lugares retirados y devotos, donde pudieran entregarse más libremente a la contemplación. Por último, buscando comunicarse con hombres sabios y ejemplares en su comportamiento, hacían lo posible para conversar con ellos, a fin de fortalecerse en su propósito según la inspiración de Dios, exponiéndoles su manera de pensar y las intenciones de su espíritu.

31. Una vez apartados del mundo con la mente y el corazón, y completamente desligados de ellos; listos ya para actuar su deseo sin escrúpulo de conciencia; acostumbrados además – por su propia experiencia – a lo que se proponían cumplir después de su unión corporal: el día fijado por ellos e inspirados en forma sobrenatural por nuestra Señora, anteponiendo de todo corazón y con reverencia y temor de Dios una fervorosa súplica; como hasta entonces estaban unidos en espíritu,

así se unieron unos a otros también en la vida, para hacer efectivo el ardiente deseo que tenían desde mucho antes.

Existía por lo pronto en Florencia, fuera de las puertas de la ciudad, en la esquina del cementerio de los frailes Menores – cuyo cementerio se encuentra a la derecha de la iglesia de dichos frailes y a la entrada de su plaza – una pequeña casa: en efecto los frailes Menores no tenían ocupado aún todo el espacio de ese cementerio, siendo su Orden de reciente fundación. En dicha casita, reuniéndose físicamente el día citado, es decir, al tiempo del nacimiento del beato Felipe, sellaron su deseo de vivir juntos, iniciando la Orden de la Bienaventurada Virgen María y de sus Siervos.

### *Capítulo Séptimo*

#### **DESDE EL INICIO DE SU VIDA EN COMÚN RECIBIERON EL NOMBRE ESPECIAL DE NUESTRA ORDEN**

32. ¡Qué evento admirable, hermanos míos, y que por ningún motivo tendrá que olvidarse por los frailes de nuestra Orden, sino celebrarlo con especial honor! Desde el principio de nuestra Orden, cuando los mencionados gloriosos nuestros primeros Padres se reunieron para darle comienzo, de inmediato fueron llamados por todos en forma popular y común: frailes Siervos de la Beata Virgen María, ignorando ellos de dónde y de quién hubiera salido ese nombre. Por eso consta que este nombre fue otorgado desde un principio a los primeros Padres de nuestra orden, no por parte de los hombres, sino por nuestra Señora, la Bienaventurada Virgen María, por la voz del pueblo que por inspiración divina aprobaba y proclamaba este nombre, el que no había provenido de ningún ser humano. Era conveniente entonces que, como nuestra Señora quiso que a ningún hombre se le adjudicara propiamente el origen de su Orden, así también el nombre no se escogiera inicialmente por nadie más que por Ella misma y por su Hijo, y una vez determinado se le confiara a los frailes de su Orden.

Se desprende por tanto que a partir del mismo instante en que los primeros frailes de su orden, nuestros primeros Padres, se juntaron, nuestra Señora dispuso que dicho nombre concebido por Ella desde el comienzo, fuera notificado públicamente por el pueblo y por aclamación general. Con frecuencia entonces a los recordados frailes de su Orden y primeros nuestros Padres se les llamaban en forma especial Siervos suyos.

33. Y que además dicho nombre no haya procedido de autor alguno como primer descubridor del mismo, sino solamente de nuestra Señora, resulta también de lo siguiente. En efecto, entrevistando a solas a fray Alejo también sobre dicho nombre especial de la Orden, y de dónde hubiera sacada origen, entre otras cosas, me contestó: “Yo, dijo, nunca pude saberlo; ni por mí, ni por otros tampoco se pudo jamás averiguar que este apelativo haya venido del hombre por primera vez: y por tanto recuerdo siempre que yo y los otros compañeros mis hermanos hemos creído oportuno afirmar que fue otorgado a nuestra Orden sólo por nuestra Señora”.

Ahora bien, siendo dicho fray Alejo uno de los Siete primeros frailes que con su unión dieron principio a nuestra Orden, nadie por cierto debe poner en duda que si hubiese sido escogido por alguna persona, él lo habría sabido. Desde entonces justamente se cree y se admite con toda seguridad por parte de nuestros frailes, demostrándolo con palabras y obras para no ser ingratos con tanto beneficio, como este nombre fue escogido desde un principio por nuestra Señora, la Virgen María, y conferido benignamente a los frailes de su Orden.

En fin, que la cosa haya sido así como se ha relatado, lo comprobó nuestra Señora misma, enseñando en visión a su devoto, el beato Pedro mártir, el Hábito que llevamos y la Regla que profesamos. Por supuesto en ese momento confirmó también el nombre, ya anteriormente concedido por Ella misma a nuestra Orden.



34. Prestemos atención entonces, oh hermanos y padres míos, y examinemos diligentemente cómo en nuestra profesión tomamos este nombre de servicio de esta excelsa Virgen; y analicemos con interés si tributamos el honor debido y sin negligencia a tan grande Señora. Como los que realmente, asumiendo el nombre de servicio a nuestra Señora y prestando a Ella el honor que le corresponde, enaltecen a su Orden sobre las demás, así los que con ligereza y deshonestidad de corazón no se empeñan en adoptar ese nombre sin avergonzarse, vituperan y deshonran de parte suya a la Orden de la Virgen María.

Por lo que reflexionemos, con profunda humildad sobre la grandeza del nombre dado por nuestra Señora. Si nos esforzamos en dar un homenaje de digno servicio a la excelsa Virgen Madre y Señora nuestra, nos presentaremos siempre purísimos ante Ella con perfecto respeto y temor. De esta forma presentaremos como se debe la honradez de su Orden a la vista de todos, y finalmente recibiremos de Ella el mejor premio por nuestro servicio, celosamente reservado para sus Siervos.

### Capítulo Octavo

## DE SU PERFECTA CARIDAD HACIA DIOS, HACIA SÍ MISMOS Y HACIA EL PRÓJIMO

35. Mostrando Dios una atención especial para ellos, y ayudándoles por completo según los tres puntos enunciados<sup>62</sup> desde el inicio, prepararon su corazón para cumplir con el precepto de la caridad.<sup>63</sup>

Así, amaron a Dios *de todo corazón*: dirigiendo a Él todo su afecto y conservándose íntimamente unidos a Él, ninguna cosa anhelaban fuera de Él y sólo en orden a Él.

Lo amaron *con toda el alma*, sin ninguna sombra de engaño: transformaban en alabanza a Dios toda actividad corpórea y todo aspecto sensible; buscaban en toda actividad espiritual su gloria y a Él atribuían el mérito de todas las buenas acciones.

Lo amaron *con toda la mente*, sin cansarse: al servicio del Señor pusieron su entera búsqueda y los descubrimientos que el pensamiento o la razón les atribuían; sólo deseaban servirle por siempre y considerarlo y temerle como al único Señor<sup>64</sup>.

36. También a su alma le daban un amor ordenado. Como primera cosa la protegían en la guerra contra la carne haciendo obras de penitencia, de manera que la carne, *con sus deseos contrarios al espíritu*,<sup>65</sup> no terminara sometiendo el espíritu en sus dominios. Después, continuando con la vía de las virtudes, escuchaban los consejos del alma, tratando de mantener el equilibrio en este camino para que, *subiendo con determinación hacia donde el espíritu los llevaba*,<sup>66</sup> forzaran a la carne a seguir al espíritu. Y, en tercer lugar, le daban un respeto profundo en el secreto de la conciencia<sup>67</sup>, cuidando la puerta del cuarto nupcial, es decir de sus sentidos, para que no fuera imprudentemente abierta y los pensamientos mundanos se introdujeran a escondidas desorientando el cuarto de la contemplación.

---

<sup>62</sup> Estas "tres cosas dichas anteriormente" parecen referirse al n. 31 en donde la vida común de los Siete tiene inicio sólo después de acordar tres condiciones: liberarse completamente del mundo, dejar en orden los bienes y las propias familias según justicia, completar la preparación en las propias casas.

<sup>63</sup> En relación al amor ordenado cfr. Agustín, *La Ciudad de Dios* 15, 22; 19, 13 (en *Obras de san Agustín*, V/2, p. 437-439; V/3, p. 50-53); *La doctrina cristiana* 1, 22-41 (en *Obras de san Agustín*, VIII Roma 1992, p. 32-55).

<sup>64</sup> Dt. 6, 5; Mt 22, 37.

<sup>65</sup> Gal 5, 17.

<sup>66</sup> Ez 1, 12.

<sup>67</sup> Literalmente "en el lecho de la conciencia", con alusión a *Cant* 3, 1.

También hacia el cuerpo tenían un amor ordenado: le daban el *alimento necesario* para que no resintiera el peso de la penitencia; con la *corona de justicia* lo guiaban según los deseos del alma para mantenerlo siempre bajo la disciplina de la salvación; y finalmente le imponían un equilibrio al peso de la penitencia, para que el cuerpo no se sintiera *un potro de burro indómito*.<sup>68</sup>

37. Finalmente dirigían las obras de caridad también hacia el prójimo. En efecto buscaban primero saber de sus necesidades y luego externando su íntima compasión, socorrían a los menesterosos en todas sus penurias espirituales y materiales, de acuerdo con sus posibilidades. Considerando después al prójimo como hermano, iban en su auxilio como si lo hubiesen hecho a sí mismos, eximiendo a los pecadores de las faltas, y por último, dándose perfectamente cuenta de esa condición, se alegraban con los justos y compadecían a los pecadores, confirmando a aquéllos en el estado de justicia y convirtiendo a éstos para que no bajaran aún más en sus miserias.

38. Por tanto amaban a Dios, a su propia alma, al prójimo y a su cuerpo con un amor ordenado; consecuentemente, unidos ya a Dios con la perfecta caridad, se ejercitaban en buenas obras con todas sus fuerzas. Efectivamente eran fuertes en la paciencia contra las injurias que les dirigían, hasta soportar todo con serenidad. A las comodidades de la vida oponían la dureza de la penitencia con la cual rechazaban las seducciones de la carne y del mundo. Ardientes de fervor en el sufrimiento para combatir la desidia, no dejaban lugar en su espíritu a la tibieza. Contra la ignorancia se revelaban espléndidos por la riqueza de sentido humano; así que en tiempo de necesidad repartían generosamente sus pertenencias para edificación de los demás. Eran prudentemente cautos contra las preocupaciones mundanas, teniendo un equilibrio de sabiduría para no codiciar honores, ni procurar retroceder jamás acerca del fin de sus propiedades. Y en fin, intransigentes en su tenacidad para resistir a la inconstancia del espíritu, consideraban su máximo suplicio el estar separados de la caridad de Cristo.

39. Se habían rebajados a la humildad: Como personas fuertes tenían la raíz del amor en el compromiso que se habían propuesto, así podían repetir con David: “*Te amaré, Señor, mi fortaleza, etc.*”<sup>69</sup>. Recibían consolación con la esperanza de las cosas eternas: como personas más fuertes, hondeaban en el momento de la prueba la bandera de la caridad, y así poder exclamar con Job: “*Aunque mi Creador me matase, yo esperaré en Él*”.<sup>70</sup> Y en fin, fueron consumidos por la caridad: como personas valiosísimas tocaban la cúspide del amor, contentos hasta de ser flagelados: experimentaban gran alegría en el sufrir por Cristo. *Alegres*, como los apóstoles *al salir del sanedrín*,<sup>71</sup> que caminaban con gran decisión.

Como las *vírgenes prudentes*<sup>72</sup>, que llevaban ya listas sus *lámparas* en las manos. De hecho tenían un *vaso* de oro, es decir, el corazón puro en donde preparaban un lugar al Predilecto; llenaban el vaso con *aceite*, es decir, el corazón de aquel amor con el cual *esperaban* al Predilecto en la alegría; encendían la lámpara con el calor de la flama, es decir, con el deseo ardiente en el corazón de quien va al encuentro de Cristo que viene hacia ellos; y en fin, hacían resplandecer la lámpara del corazón con el esplendor, es decir, con el ejemplo dado al prójimo y con la contemplación de las realidades eternas. Con lágrimas luminosas *abrían* a Cristo que *tocaba a la puerta* y, recibéndolo en el propio corazón y gustando de los dones de su gracia, gozaban

---

<sup>68</sup> La penitencia corporal de los Siete se recoge a la luz de los diversos pasajes de la Escritura: *Sir 33, 25* (el alimento necesario); *Sal 44, 7* (la corona de justicia); *Job 11, 12* (el potro). La norma que regula la penitencia corporal es la “discreción” (el equilibrio), ideal de la gran tradición monástica.

<sup>69</sup> *Sal 18, 2*.

<sup>70</sup> *Job 13, 15*. La añadidura de “mi Creador” es propia de la LO, que puede haber sido utilizada en relación (como sucede en otras ocasiones), teniendo en cuenta otros pasos de Job donde utiliza este término (4, 17; 32, 33).

<sup>71</sup> *Hech 5, 41*.

<sup>72</sup> El pasaje de *Mt 25, 1-10* se combina al de *Lc 12, 35-36*. En el párrafo 46 se retoma, sin referencia a la parábola de las vírgenes, este mismo deseo ardiente de los Siete, convertida en un eco vastísimo que atrae tanta gente al Monte Senario.

profundamente<sup>73</sup> de la presencia de tan grande *Esposo*. Con el ejemplo de santidad que ofrecían a todos, los encendían de caridad y los llevaban, con su entusiasmo, al amor de Cristo.

## Capítulo Noveno

### POR LA GRAN CANTIDAD DE GENTE QUE LOS BUSCABA SE TRANSFIRIERON A MONTE SENARIO

40. Al estar pues encaminados por la caridad tanto hacia Dios como para con ellos mismos y el prójimo, alcanzaron tan alta consideración por parte de la gente, al grado de verse obligados a tender todos los días a las visitas de hombres y mujeres, deseosos de implorar su advocación y ser orientados hacia la santidad por sus palabras y ejemplos; además todos los que acudían a ellos buscaban el auxilio de sus oraciones y la dirección espiritual que provenía de sus consejos. Entonces, reparando en ese acudir de gentes hacia ellos y sus visitas, juzgaban eso como un continuo impedimento en su deseo de contemplación por la consecuente distracción del espíritu.

Así que estos santos varones, nuestros gloriosos Padres, considerándose ya desprendidos de su *tierra* por haber apagado todo deseo carnal y separados de sus familiares, habían eliminado toda incertidumbre que los pusiera en el riesgo de sumergirlos de nuevo en vanos pensamientos, y se veían impedidos por esas visitas a entrar a la tierra que por inspiración divina les había sido enseñada; y habiéndose ya alejado del lugar de su propio parentesco, es decir, del placer corporal y de la *incertidumbre*<sup>74</sup> de sus pensamientos, así acordaron salirse *de la casa de su padre*<sup>75</sup> rechazando toda conversación del mundo, a fin de llegar sin tropiezos a la *tierra de los vivos*<sup>76</sup> que Dios<sup>77</sup> les había indicado.

Efectivamente, eran ellos una sola alma y un solo corazón<sup>78</sup> en amar sumamente a Dios y en unirse a él con el pensamiento. Su más grande temor era el de no agradar a Dios, debido a tal confluencia de personas que distraían la mente. Por eso, Dios, con ese mismo amor con el que les había llevado a juntarse hasta dejar sus posesiones y familias para edificación del pueblo, así les proporcionó un plan común, a fin de que salieran de la casa del padre; en otras palabras, hubieran podido dejar así el contacto mundano. Sucedió pues, que mientras salían de la oración y de la contemplación para recrear su mente, y se juntaban para hablar de Dios, animándose recíprocamente en dicho propósito, decían entre otras cosas: “Venid, hermanos, venid y dejemos este sitio de incertidumbre y de peligro y busquemos otro despoblado, donde podamos satisfacer nuestro deseo bajo el amparo de Dios”<sup>79</sup>. Por tanto, si por un lado porfiaban en este anhelado propósito, pero sin encontrarle salida, ni sabiendo a dónde irían a parar para llevar a término su plan, por otro lado mantenían su esperanza en Dios, pues estaban convencidos que Él era el único que se preocupaba por ellos, y en consecuencia confiaban en Él con todo el entusiasmo de su espíritu.

Indiscutiblemente es Dios quien se adelanta a todos los que le aman, sugiriéndoles lo que es útil para su salvación; ese mismo Dios que satisface el deseo de los que lo temen<sup>80</sup> y sólo en Él se abandonan. Y puesto que Dios les había insinuado este plan, Él secundó entonces el anhelo de estos

---

<sup>73</sup> Cfr. *Mt 25, 1-10*.

<sup>74</sup> Cfr. *Ef 4, 14*.

<sup>75</sup> *Gen 12, 1.4*; cfr. *Hch 7, 3*.

<sup>76</sup> *Sal 27, 13*.

<sup>77</sup> Ya a partir del siglo IX muchos textos monásticos presentan la peregrinación penitencial hacia la soledad en relación al éxodo de Abraham de su patria a la tierra de Canaan.

<sup>78</sup> *Hch 4, 32*.

<sup>79</sup> Cfr. *Mc 6, 31-32*.

<sup>80</sup> *Sal 145, 19*.

nuestros Padres. Así Dios cumplió con su nobleza providencial, enseñándoles el lugar ambicionado y muy deseado por ellos, indicándoles también el proceso a seguir para poderlo habitar.

41. Existe, en efecto, un cierto monte que dista como ocho millas de la ciudad de Florencia y está lleno de cuevas, donde en alguna parte repercute el eco de cualquier sonido, y por la misma resonancia se le nombró Sonaio o Sonario; aunque después, corrompiendo la palabras, se le llamase por la mayoría del pueblo Asinario, agregándole desde un principio una *a* de más y cambiándole impropriamente la *o* en *i*.<sup>81</sup>

Por lo que Dios les mostró por inspiración este monte a nuestros recordados Padres,<sup>82</sup> y los alentó a subir y vivir en él para satisfacer su deseo.

Viendo de lejos este monte indicado a ellos por Dios, que se alzaba entre los montes circundantes,<sup>83</sup> se dirigieron al mismo para enterarse de su disposición, y descubrieron en su cima una hermosa explanada, aunque reducida; de un lado, una fuente de agua pura y en las inmediaciones, un bosque bien arreglado, como si hubiera sido plantado por el hombre. Este era verdaderamente el monte *preparado*<sup>84</sup> por Dios. Lo consideraron muy oportuno a su propósito por encontrarse alejado de las habitaciones de los hombres y ya listo en su cima para el que quisiera practicar la penitencia, y dieron infinitas gracias a Dios.

Una vez resuelto el problema de un sitio conveniente para cumplir con sus deseos, ya no exclamaron: “Venid, busquemos”, sino más bien: “*Venid, subamos al monte*<sup>85</sup> del Señor, y veamos el lugar que Él nos ha preparado que es idóneo para nuestra penitencia”. Y con temor de Dios y con gozo se decían uno a otro: “¿Por qué seguimos sentados? Venid, venid, salgamos de la ciudad, dejemos las conversaciones del mundo, no fijemos nuestra morada *en lugares cercanos; tampoco miremos atrás*, para no ver lo que puede ser de daño a nuestra alma, más bien, *subamos a este monte*<sup>86</sup> del Señor, reservado a nosotros por la divina providencia, para que podamos cumplir en todo con su voluntad, como es nuestro deseo”.

Así, dejando la casa que tenían antes en Florencia, subieron al mencionado monte, construyendo luego una pequeña casa en el punto más alto, con el fin de establecer en ella su primera morada.

## Capítulo Décimo

### CONVENIENCIA DEL MONTE Y DEL LUGAR PARA NUESTRA ORDEN

42. Por lo demás fue muy oportuno que esos nuestros padres recibieran de Dios como habitación el citado monte ya que el lugar coincidía con el progreso espiritual de ellos; y el nombre, con el murmullo del eco.

Y que ese paraje fuera conveniente en su camino hacia la perfección queda bien claro. En efecto, habiendo ya vivido en el valle de lágrimas, donde se habían lavado mediante la contrición y, en consecuencia, se habían vuelto limpios y aptos para su ascesis. *En el valle de lágrimas* prepararon *sus ascensiones dentro de su corazón*.<sup>87</sup>

---

<sup>81</sup> Cfr. *Introducción*

<sup>82</sup> *Gen 22, 2.*

<sup>83</sup> *Sal 125, 1-2.*

<sup>84</sup> *Is 2, 2.*

<sup>85</sup> *Is 2, 3.*

<sup>86</sup> *Gen 19, 14-17.*

<sup>87</sup> *Sal 84, 6-7.*

Permanecieron en ese llano de costumbres, donde fueron amaestrados por la *unción del Espíritu Santo que les enseñaba*<sup>88</sup> toda cosa: revestidos de mansedumbre, *caminaban en la inocencia de su corazón en medio de la casa del Señor*.<sup>89</sup>

No establecidos aún en la cumbre de las virtudes, donde, una vez reconfortados con variedad de alimentos de estas virtudes y así enriquecidos de dones celestiales, pudieran decir: “*Si se levantan ejércitos en contra de mí, no temerá mi corazón*”<sup>90</sup>

Ya era tiempo entonces de subir al monte para dedicarse a la contemplación, en la cual serían, por fin, iluminados y formados por *el Espíritu de la sabiduría e inteligencia*.<sup>91</sup> Compenetrados del perfume de la eterna felicidad, *los ojos siempre fijos en el Señor*,<sup>92</sup> exclamarían finalmente: “*No sabiendo lo que debemos hacer, tenemos como única salida, la de levantar nuestros ojos hacia Tí*”<sup>93</sup> Por lo que resulta que ese lugar les convenía para su perfección.

43. Es patente, además, que el nombre del Monte correspondiera a su fama. En efecto, cuando Dios los llamó para enseñarles a conocer y a amarlo sólo a Él, le contestaron con pronta obediencia y con dulzura: “*Habla, Señor, que tus siervos te escucha*”<sup>94</sup>. Es más, movidos por el Espíritu Santo, rebosantes de inspiración divina, se exhibieron místicamente exclamando con suaves ecos: “*No me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu Santo Espíritu*”<sup>95</sup>. Además como tocando con su mano y obteniendo con ese procedimiento muchas santas obras,<sup>96</sup> ofrecían abiertamente al prójimo una deliciosa melodía de virtudes, diciendo: “*Somos en todo lugar, el buen perfume de Cristo*”<sup>97</sup>. Finalmente como frailes de la Orden de la Bienaventurada Virgen María, de cuya Orden ellos eran ya el fundamento, debían sacudir poco después al mundo con sus notas, es decir, por medio de la palabra y las obras, y conducir a Cristo siguiendo sus pasos; así manifestarían a sí mismos, y en su júbilo cantarían con melodiosa armonía: “*Venid, Casa de Israel, caminemos a la luz del Señor*”<sup>98</sup>. Deleitaban con suave y digna melodía a Dios, a sí mismos y al prójimo, y los frailes que de ellos procediesen debían repetirlo a todo el mundo por siempre. Por lo que era justo recibieran de Dios ese lugar musical, cuyo nombre correspondía a su resonancia, y que ellos, al aceptarlo, fuesen los primeros en habitarlo. Por tanto, se deduce como un verdadero acierto el que Dios les hubiese preparado el Monte Sonaio porque es evidente que este monte tiene una armoniosa unión con la ascensión realizada por los padres y el eco que se desprende de ellos.

## Capítulo Décimo primero

### LAS TRES TIENDAS DE PERFECCIÓN

44. Entonces, debiendo ellos vivir en dicho monte, construyeron allí tres tiendas: una material, una mística y una moral,<sup>99</sup> adornándolo con su presencia.

---

<sup>88</sup> 1 Jn 2, 27.

<sup>89</sup> Sal 100, 2.

<sup>90</sup> Sal 26, 3.

<sup>91</sup> Is 11, 2.

<sup>92</sup> Sal 24, 15.

<sup>93</sup> 2 Cro 20, 12.

<sup>94</sup> 1 Sam 3, 10.

<sup>95</sup> Sal 51, 13.

<sup>96</sup> El movimiento de la mano hace alusión a David que toca la cítara para aliviar la tristeza de Saúl (1 Sam 16, 23). Aquí representa el símbolo de la vida ejemplar de los padres, que se convierte en una melodía portadora de gozo.

<sup>97</sup> 2 Cor 2, 14-15.

<sup>98</sup> Is 2, 5.

<sup>99</sup> La LO se inspira en los capítulos 25 y 26 del *Éxodo*, que describen la construcción del arca y de la tienda, cuyos modelos habían sido presentados por Moisés en el Sinaí. Monte Senario es ahora el nuevo Sinaí.

La tienda material fue, por cierto, la casa que construyeron sobre el monte. Éste les fue indicado a ellos bajo divina inspiración, fundado sobre la cima de dicho monte; construido de material corriente, irrigado con abundante agua de la fuente, circundado de un hermoso bosque con un prado de hierba verde; dotado de un aire salubre y completado, finalmente, por la presencia e nuestros Padres.

La tienda moral se asentó como morada espiritual de Cristo en sus mentes. Esta casa en realidad les fue indicada como un ejemplo en el monte<sup>100</sup> que representaba a Cristo: erigido por la misma Sabiduría<sup>101</sup>; fundado sobre las alturas de la caridad, ubicado en el alma de cada uno de dichos Padres, edificado en consonancia de y con las virtudes y sostenido por el cuidado de las mismas; decorado internamente con la brillantez de la pureza, embellecido también externamente con el resplandor de las buenas obras y acabado, finalmente, por la presencia de Cristo.

La tienda mística fue además el refugio especial de los frailes de nuestra Orden. Ésta fue levantada principalmente por nuestra Señora: basado en la humildad; levantado por la concordia de los mismos; sostenido por la pobreza; adornado por la pureza y perfeccionado con la presencia de los santos frailes que deberán sucederse constantemente en la Orden hasta el día del juicio.

45. Además, esta última tienda, que viene a ser el singular refugio de los frailes de nuestra Orden, y de consecuencia se le nombra en especial Orden de los Siervos de la bienaventurada Virgen María, aunque haya surgido de la unión de las personas de nuestros Padres, se propagó<sup>102</sup> por ellos de la manera siguiente sobre dicho monte. Efectivamente, mientras nuestros Padres vivían en el monte Sonaio y recibían un consuelo no indiferente en un lugar tan bien predispuesto, preparado para ellos e indicado por Dios, y mientras adelantaban día tras día de virtud en virtud,<sup>103</sup> sucedió que, por disposición de Dios a quien le era grata su vida,<sup>104</sup> con el perfume de su fama despertaran el afecto de las gentes las más lejanas hacia la devoción y el amor para con ellos, quienes los atraían a visitarlos mediante el espíritu de su palabra, como ya lo hacían cuando vivían cerca de ellos.

Por eso muchos del pueblo que apreciaban tal melodía y perfume de su santidad y de virtud, se apresuraban a acudir al lugar de donde provenían esas notas características, dándole alcance con profunda devoción, para seguir sus pasos.<sup>105</sup> De cualquier parte de la ciudad de Florencia y del condado afluía,<sup>106</sup> pues, numerosa gente a este monte, y *hablándose entre ellos* se decían: “¿Por qué nos tardamos en ir a ver a estos Siervos del Señor, de los cuales emana un gran perfume de virtud, y descuidamos el apresurarnos para conocerlos mejor? Venid entonces, venid, y *dirijámonos* a este monte Sonaio, perfumando monte del Señor; y alcanzada la cima, *veamos*<sup>107</sup> a estos hombres gloriosos, de los cuales procede la melodía que hemos oído y el perfume del que nos hemos deleitado. Así aprenderemos los caminos del Señor por sus palabras ardientes de caridad, mientras que por sus ejemplos de santidad, nos dispondremos a caminar con firmeza *por sus senderos*<sup>108</sup> divinos; y e ahora en adelante obremos siempre según el ejemplo que nos mostró en este monte el Señor por medio de sus Siervos”.

¡Oh época verdaderamente feliz y admirable la de estos nuestros Padres! Pues era conducida con especial atención por el Señor y ordenada en todo según su voluntad. Y las gentes acudían desde tan lejos atraídas<sup>109</sup> por esa resonancia y perfume de santidad.

---

<sup>100</sup> Es 25, 40; 26, 30; Hb 8, 5.

<sup>101</sup> Pro 9, 1

<sup>102</sup> Is 54, 3.

<sup>103</sup> Sal 84, 2-3.8.

<sup>104</sup> Mc 16, 20.

<sup>105</sup> Cfr. Cant 1, 3.

<sup>106</sup> Cfr. Is 2, 2-3.

<sup>107</sup> Lc 2, 15.

<sup>108</sup> Is 2,3.

<sup>109</sup> Cant 1, 3.

## Capítulo Doceavo

### CON SU EJEMPLO ATRAÍAN A OTROS AL AMOR DE DIOS Y LOS ADMITÍAN EN SU COMUNIDAD

46. Gente de todo lugar llegaba entonces a estos hombres gloriosos, nuestros Padres, y de ellos sacaban *frutos de salvación, de acuerdo con su capacidad*.<sup>110</sup>

Algunos, efectivamente, observando sus ejemplos y comparando como en un espejo su propia vida con la de estos Padres, dándose cuenta de su imperfección, cambiaban en mejor manera de vivir. Y no hay por qué asombrarse: en efecto, fijándose en ellos por medio de la palabra y del ejemplo, aprendían a huir de esa hipocresía que tanto quiere el mundo, a practicar la sencillez evangélica, a detestar de corazón los vicios y a amar, como a una madre, las virtudes. Por cierto, no los consideraban de doble cara, ni que escondieran los sentimientos del corazón con trabas, para cambiar el sentido de las palabras; ni presentaban como verdad lo que era falso y viceversa; más bien los veían muy sencillos, y que no fingían nada por ostentación, sino que expresaban con palabras su pensamiento. Amaban la verdad y evitaban la falsedad; ofrecían gratuitamente sus bienes, soportaban más a gusto el mal antes que hacerlo; no buscaban vengarse de las ofensas de nadie y dirigidas a ellos, sino que estimaban una ganancia el *sufrir la injuria*<sup>111</sup> por la verdad.<sup>112</sup>

Y otros hablando afablemente con ellos acerca de Dios y de la patria celestial, y por esto, elevándose en el fervor del espíritu, lo manifestaban en forma patente, pues les resultaba imposible ocultarlo. Gozando interiormente en su espíritu, se llenaban de tan inefable alegría, al grado de no poderla esconder de ninguna manera, siempre que no lograran expresarla; así que manifestaban ese fervor con lágrimas contenidas. Realmente todo su anhelo consistía en conservar puro su corazón, para acondicionar una digna morada a Cristo. Por eso llenaban su alma de devoción, esperando con gozo al Predilecto: lo encendían de ferviente espera para ir a encontrar al Amigo que llega; y, finalmente, lo irradiaban con la luz del ejemplo dado al prójimo y mediante la contemplación de las cosas celestiales, a fin de poder abrir con la transparencia de las lágrimas al Esposo que toca a la puerta, y presentarle los honores contemplándolo en la intimidad de su alma, amándolo como sumo Bien y obedeciéndole en todo.<sup>113</sup>

47. Otros, además, atraídos por el perfume de sus virtudes y cautivados por el fuego de sus palabras y de su ejemplo, no sólo los amaban de corazón como amigos de Dios, sino que se sentían particularmente invitados a servir al Señor sobre ese monte y a hacer ahí su morada. Y no sorprende si también éstos se sentían llamados a vivir con ellos y en consecuencia a dejar por completo el mundo, pues los encontraban ya adornados de incomparables dones, y con la mente siempre fija en el cielo.

Existía, pues, en ellos el don del temor de Dios, mediante el cual, haciéndose humildes,<sup>114</sup> no ambicionaban las cosas sublimes, sino que se conformaban con las pequeñas.<sup>115</sup>

Notable era en ellos el don de la piedad, por cuya fuerza se sentían mansos; buscaban sumamente a Dios y lo reverenciaban como a dulcísimo Señor, sin oponerle jamás resistencia.

---

<sup>110</sup> Cfr. *Mt 13, 8.23; 25, 15.*

<sup>111</sup> *Hch 5, 41.*

<sup>112</sup> El pasaje completo está basado en Gregorio Magno, *Moralia sive Expositio in Iob, X, 29* (en PL 76, 947).

<sup>113</sup> Este pasaje se retoma del n. 39, segunda parte, e insiste sobre la experiencia religiosa de la ausencia/presencia de Cristo, el Predilecto, el Amigo, el Esposo. El fundamento bíblico proviene de la voz de la esposa del *Cant 2, 8-10; 3, 1-4; 5, 1-2*; de la parábola de las vírgenes en *Mt 25, 1-12*; de los gemidos del Espíritu que envuelve en sí la ardiente espera de la creación, en *Rom 8, 26-27*; de Cristo que está a la puerta y toca, en *Ap 3, 20.*

<sup>114</sup> *Mt 5, 3.* La LO interpreta “pobres de espíritu” como “humbles”, sobre la línea de la exégesis agustiniana.

<sup>115</sup> *Rom 12, 16.*

Brillaba en ellos el don de la ciencia, por la cual emitían gemidos de arrepentimiento, por si hubiesen hecho talvez mal uso de algunas cosas.

Sobresalía en ellos el don de la fortaleza, como hambrientos y sedientos de justicia, y en consecuencia, anhelando conseguir el gusto de los verdaderos bienes, deseaban verse libres de los peligros de esta vida.

Provistos del don del consejo, por este se habían vuelto misericordiosos, perdonaban las injurias que hubiesen recibido, procuraban de parte de Dios y de los hombres los bienes necesarios para sus propios ofensores, en espera de recibir de Dios la recompensa.

En ellos se ocultaba el don de la inteligencia, y con esa ya podían contemplar las cosas celestiales, por el hecho de encontrarse llenos de pureza en el alma y en el cuerpo, y consecuentemente purificados en los ojos de su mente.

Y los perfeccionaba el don de la sabiduría, que los había transformado en hombres de paz, porque habiendo alcanzado la mansedumbre, no resistían inconscientemente al espíritu, sino que por costumbre gozaban en someterse a Dios en todas las cosas con profundo amor.<sup>116</sup>

Enriquecidos así con los dones del Espíritu Santo, ¿por qué sorprenderse si muchos, cautivados con el perfume de estos dones, se decidían a convivir con ellos en cuerpo y alma, y a no dejar jamás su fraternidad?

48. Por tanto, se les acercaba mucha gente de todas partes y ansiaban asociarse con ellos por amor a la patria celestial,<sup>117</sup> puesto que estos santos varones, nuestros Padres, se habían enterado por muchos detalles que el Señor se responsabilizaba de su alma desde el momento de su unión corporal y para siempre; y estaban seguros que cualquier acontecimiento les venía por disposición divina. También comprendieron que este firme propósito de los que deseaban agregarse a ellos en la penitencia procedía por inspiración divina. Por todo lo antes dicho, resulta que ellos comenzaron a reflexionar, de inmediato, en que actuando misteriosamente nuestra Señora, no se habían unido corporalmente sólo para adquirir la santidad y, una vez alcanzada, a conservarla; como tampoco haber sido estimulados, por inspiración divina, únicamente para vivir sobre ese decoroso monte y adecuado a su penitencia; sino también para que se les juntaran otros, deseosos de entregarse a esas obras de santidad. De aquí que el incremento de la nueva Orden, iniciada por nuestra Señora por medio de ellos, serviría para disuadir a muchos del error y a conducirlos al estado de perfección en las virtudes por su palabra y ejemplo, y el de sus hermanos, quienes tendrían que reemplazarlos en la Orden. Y llevándolos así al conocimiento y amor de Dios, los encaminarían a poseer la patria celeste.

Entonces, aunque con dificultad dejaran la riqueza de la contemplación para dedicarse a los demás, sin embargo, por el hecho de que anhelaban cumplir en todo la voluntad de Dios, y preparándose a incorporar como hermanos a los que les parecían fundados en el temor de Dios, desde entonces aceptaron a varios de ellos.

49. Consideraban que nunca fuera conveniente dejar el lugar del monte Sonaio, ni por parte de ellos, ni por los frailes que vendrían después, y esto en reverencia a Dios quien se los había preparado en forma especial; por otra parte, constatando que ese lugar no podía ser suficiente para ellos y para los frailes que ya habían aceptado, como también para aquéllos que hubieren recibido más adelante, se vieron obligados a conseguir otros sitios, donde poder vivir con sus hermanos presentes y futuros, y así pensar en la salvación de las almas.

---

<sup>116</sup> *Is 11, 2-3* (los dones del Espíritu) y *Mt 5, 3-9* (las bienaventuranzas) han sido juntadas por San Agustín en su comentario al *De sermone Domini in monte* 4, 11 (en PL 34, 1234-1235; CCL 35, p. 9-10).

<sup>117</sup> La expresión “amor a la patria celestial” se encuentra en la bula de Inocencio IV *Ut religionis vestre novella plantatio* del 17 de agosto de 1254, documento que trata de salvaguardar la inspiración contemplativa original de los Siervos. También la “plenitud de la contemplación” (*contemplationis pinguedo*), en la conclusión de este párrafo, recuerda las “delicias de la santa contemplación” de la carta papal.



Estos hombres gloriosos, nuestros primeros Padres, bajaron del monte de la soberbia humana y desearon mantenerse ligados al Señor, llegando a la humildad que es la base de toda virtud;<sup>118</sup> y habiendo levantado sobre ese fundamento el edificio de las mismas virtudes, cuya cumbre es la caridad, contribuyendo así, con el auxilio del Señor, a su beneficio y perfección, dedicados a cumplir en todo con la voluntad de Dios, aceptaron en su comunidad a muchos hermanos gratos a ellos y al Señor. En consecuencia, en ese tiempo, bajo los dictados divinos, obtuvieron diversos conventos aptos para su penitencia.

### Capítulo Décimo tercero

#### CÓMO NUESTRA SEÑORA PRESENTÓ EN UNA VISIÓN AL BEATO PEDRO MÁRTIR, EL HÁBITO Y LA REGLA QUE DEBÍA ENTREGAR A NUESTROS FRAILES

50. Entre tanto, mientras nuestros gloriosos Padres habían ya admitido en su comunidad a muchos frailes, y además habían empezado a vivir en diversos lugares adquiridos últimamente por ellos, ya se acercaba el tiempo en que la *lámpara*, es decir, el beato Felipe, estaría lista para irradiar a nuestra Orden con su presencia, ingresando a la misma. Pero no estaba aún terminada la casa, es decir, la Orden, para colocarlo sobre el candelabro<sup>119</sup> de la Orden. En efecto, nuestros frailes no tenían todavía un Hábito particular para usarlo siempre, sin modificaciones; tampoco había una Regla que practicar, según la cual tendrían después que vivir. Dios entonces envió a su siervo, el beato Pedro mártir de la Orden de los frailes Predicadores,<sup>120</sup> para notificarles con absoluta certeza acerca del hábito que deberían usar de ahí en adelante, sin cambiarle la forma; además, sobre la Regla que tendrían que profesar en el futuro, y vivir según la misma.

51. Pues el año del Señor 1244, al tiempo del Papa Inocencio IV,<sup>121</sup> habiendo sido enviado por el Papa, el beato Pedro mártir a predicar contra los herejes que en aquel entonces abundaban especialmente en Italia, y se sublevaban públicamente predicando en contra del dogma católico, llegó por fin a Florencia este predicador, para completar esa misión.

Ahora bien, mientras el beato Pedro se encontraba en Florencia y dirigía todos sus sermones y debates a la extirpación de las herejías y a comprobar la verdad de la fe, y prácticamente obrando en él el Espíritu Santo, poniéndole en su boca acertadas palabras de verdad, extirpaba desde su base el error, impugnando a los herejes y confirmando la verdad de la fe cristiana.

Mientras tanto, los citados gloriosos varones, nuestros hermanos, asistiendo constantemente a sus predicaciones, y descubriendo en él el fervor del Espíritu Santo, se inflamaban de afecto hacia él, hasta que después de conocerle y enlazar con él una amistad de corazón lo escogieron como su padre especial y señor, además como particular consejero para la salud de sus almas. Él, pues, indagó ordenadamente sobre sus vidas, y estando al corriente de todo lo que les había acontecido después de su institución como comunidad, además de que reconoció su perfección y el fervor de la santidad de sus conciencias por la confesión, los visitaba con mucha frecuencia en su retiro.

---

<sup>118</sup> El descenso del monte de la “soberbia humana” hasta el punto más bajo de la humildad, también se toma de Agustín, *Discurso* 69, 2-3 (en *Obras de san Agustín*, XXX/1, p. 384-385).

<sup>119</sup> *Mt* 5, 15; *Lc* 8, 16; *11*, 33.

<sup>120</sup> El viaje de Pedro de Verona a Florencia está justamente presentado por el autor de la LO en el 1244, aunque si después es erróneamente ligada al ingreso en la Orden del beato Felipe fijada en 1254. Pedro viaja de Verona a Florencia el 5 de abril o en el verano de 1244, talvez llamado por el obispo Ardingo y por el inquisidor dominicano fr. Rogelio Calcagni, en el momento en el que las relaciones entre el imperio y el papado han llegado al enfrentamiento directa y a la lucha anti herética que adquiere un giro político y de oposición hacia el emperador Federico II.

<sup>121</sup> Sinibaldo Fieschi, papa de 1243 a 1254. Por su acción a favor de los Siervos de María, cfr. sus dos cartas del 17 y 18 de agosto de 1254 (*Ut religionis vestre* y *Compatientes paupertati vestre*).

Percatándose de que vivían en completa paz y concordia y *perseveraban*<sup>122</sup> en el temor de Dios, conformando su vida a las buenas costumbres,<sup>123</sup> los adoptó como sus hijos espirituales.

52. Y entonces, confiando que de lo sucedido anteriormente, de lo cual él se había dado cuenta, y por la actual santidad que en ellos observaba, resultaría un no indiferente honor a Dios y un gran beneficio para el mundo, constató que no tenían un hábito determinado para usar, ni regla alguna que de manera especial debieran seguir, aunque ese nombre con el cual nuestra Orden se distingue lo tuvieran ya desde el comienzo de su unión, aprobado por la voz común del pueblo.

Por el gran concepto que se había formado de los mismos, quiso encargarse de ellos con particular atención. En consecuencia, orando fervientemente a Dios y a nuestra Señora con referencia al hábito, a la regla y al nombre ya citados, insistía máximamente con Ella, para que le manifestara en alguna forma si de verdad, *entre todos los hombres del mundo*,<sup>124</sup> había escogido a dichos varones, nuestros frailes, para su singular servicio, como lo indicaba el nombre conferido popularmente, y de los cuales, por su amor, él había tomado un especial empeño. Y si había establecido fundar por medio de ellos una Orden para su honor y gloria, dedicada exclusivamente a su nombre, él le suplicaba que por amor suyo y de su Hijo le mostrara tanto el hábito que deberían llevar, como la Regla que tendrían que poseer, y que le indicara, además, el nombre con el cual se llamarían de ahora en adelante.

El beato Pedro mártir perseveraba en la oración y se soltaba continuamente en lágrimas para conseguir tal revelación por parte de nuestra Señora, y también nuestros gloriosos Padres, junto con los demás frailes, que habían aceptado, perseveraban en la oración, en el ayuno y en las obras santas con el mismo fin, como les había ordenado el beato Pedro.

Entonces la gloriosa Virgen María, tan devotamente invocada, se le apareció en visión al beato Pedro y le aseguró acerca de todas las peticiones anteriores. Declaró el haber impetrado de su Hijo de manera especial que tales hombres y los que después de ellos se hubiesen agregado a su comunidad, los había escogido para su servicio particular entre todos los demás del mundo, y para que procedieran a cimentar la Orden dedicada a su nombre para su honor y gloria. Además, le enseñó este hábito que llevamos puesto, el mismo que los frailes de nuestra orden deberían, en adelante llevar siempre para expresar la humildad de la misma Bienaventurada Virgen María y para representar claramente el dolor que Ella sufrió durante la amarguísima pasión de su Hijo; y finalmente, le comunicó también la Regla de san Agustín, para transmitírsela a ellos, según la cual era conveniente que vivieran.<sup>125</sup>

53. En cuanto despertó del sueño el beato Pedro mártir, hombre dedicado todo a Dios y a nuestra Señora, y dándose cuenta de haberle sido confirmado en visión por la misma nuestra Señora de todo lo que pedía, abandonándose en fervientísima plegaria, presentó infinitas gracias a Dios y a Ella por tan gran beneficio; y levantándose temprano, celebró con mucha devoción la misa de nuestra Señora en señal de gratitud. Celebrada, pues, con el más grande gozo la misa, tomando de compañero a un conocido suyo, llegó a nuestro convento que ahora tenemos en Florencia. Reuniendo a nuestros frailes en la casa que tenían entonces, les relató dicha visión de nuestra Señora sobre el futuro estado de nuestra Orden, enseñándoles el hábito que después tendrían que usar y la Regla que deberían practicar. Reveló también que el nombre particular que tenían, por el que se llamaban Siervos de la Virgen María había provenido inicialmente de la misma nuestra

---

<sup>122</sup> Cfr. *Hch 1, 14; 2, 42*.

<sup>123</sup> La comunidad primitiva de los Siervos se encontraba en Cafaggio, fuera de Florencia, en una casa diversa a la que después se habría construido al tiempo del último redactor de la LO. Era una comunidad fraterna de penitentes, que aún no estaba constituida jurídicamente, porque carecía de un hábito propio y de una verdadera regla.

<sup>124</sup> El camino elegido por los Siervos en medio a los hombres del mundo talvez fue inspirada por la elección de Israel entre todos los pueblos de la tierra, como lo dice *Dt 7, 6; 14, 2; 26, 18-19*.

<sup>125</sup> Con la entrega del hábito y la regla de san Agustín, la comunidad de los penitentes Siervos de Santa María adquiere configuración jurídica.

Señora y, por tanto, confirmó por su autoridad, que se obligaban a mantenerlo inmutablemente. Y así, el hombre de Dios, exhortándoles a tributar a nuestra Señora las debidas gracias por tan grande favor y encomendándose a sus oraciones, volvió con su compañero a su convento.

## Capítulo Décimo cuarto

### LA ENTRADA DEL BEATO FELIPE EN LA ORDEN Y SU CONSECUENTE DESARROLLO

54. Sin embargo, puesto que el beato Pedro mártir no había sido enviado solamente al pueblo florentino, sino que por la misión confiada a él tenía también que evangelizar a otras ciudades de Italia, después de haber erradicado completamente la herejía en Florencia por virtud del Espíritu Santo que obraba en él, salió hacia Milán. Predicando aquí largo tiempo el Evangelio de Dios y confirmando sus palabras de verdad con muchos prodigios y milagros, en esta forma impugnaba abiertamente a los herejes; hasta que, *combatiendo la santa batalla* como legítimo soldado de Cristo, *concluyendo* con nobleza *el curso* del encargo asumido, el que tributaba honor a Dios en toda circunstancia y *conservaba su fe* en Él, pasó felizmente al Señor por medio de la palma del martirio, a recibir del Señor la *corona de justicia*.<sup>126</sup> Murió pues, el venerable Pedro mártir en el año del Señor 1251, primer año del pontificado del Papa Alejandro IV.<sup>127</sup> Pero cómo haya vivido en su Orden, y qué milagros el Señor obrara en su muerte y después de su muerte para manifestar su santidad y confirmar las verdades que predicaba, dónde reposara después de su tránsito, toda verdad completa se encuentra en su *leyenda*.

55. Una vez obtenida la Regla, según la cual era necesario que los frailes de nuestra Orden vivieran en adelante profesando la misma, y recibido el hábito que por ningún motivo sería permitido a nuestra orden dejarlo, por voluntad de nuestra Señora, se conservó también el nombre que desde un principio habían adoptado. En consecuencia, estando ya lista la casa de nuestra Orden para la recepción de la *lámpara*<sup>128</sup> que Dios le había prestado, como también para sostener su visible aumento delante de Dios y de los hombres, en fuerza de la misma luz, habiendo alcanzado ya esa lámpara, es decir, el beato Felipe, la edad de 21 años, los mismos que nuestros gloriosos Padres habían dedicado al servicio del Señor desde su primer contacto, eso es, el año del Señor 1254, primero del pontificado del Papa Alejandro IV,<sup>129</sup> el mismo beato Felipe, con increíble humildad, lleno de entusiasmo ingresó en nuestra Orden, como relataremos, si Dios nos lo concede en su *Leyenda*.

## Capítulo Décimo quinto

### PRIVILEGIOS ADQUIRIDOS POR LA ORDEN DESPUÉS DE LA ENTRADA EN LA ORDEN DEL BEATO FELIPE Y SU UNÁNIME ELECCIÓN AL GENERALATO

---

<sup>126</sup> Cfr. *Tim 4, 7-8*.

<sup>127</sup> En realidad la fecha del martirio de Pedro de Verona es el 29 de abril de 1251, que corresponde al octavo año de Inocencio IV.

<sup>128</sup> *Mt 5, 12; Lc 8, 16; 11, 33*.

<sup>129</sup> Nuevamente una fecha equivocada, porque el año 1254 está totalmente cubierto por el pontificado de Inocencio IV, siendo Alejandro IV electo hasta el 12 de diciembre de ese año.

56. Hay que tener presente que la misma nuestra Señora, como ya dijimos, al tiempo del nacimiento del beato Felipe reunió de la misma ciudad y provincia a nuestros gloriosos Padres, para fundar por medio de ellos una nueva casa, añadiéndole nuevos elementos. Entonces el beato Felipe, alcanzada la edad perfecta y colocada sobre el candelabro de nuestra Orden, iluminaría a ésta con la palabra y la vida,<sup>130</sup> dejando a los frailes de la misma el modelo y la regla, para que supieran cómo servir dignamente a nuestra Señora en el futuro. Y para que quedara de manifiesto a todo el mundo la verdad de que el progreso de nuestra orden dependía de la virtud del beato Felipe desde el mismo instante de su ingreso en la misma, nuestros frailes empezaron a recibir ventajas para la Orden.

En efecto, animados por la virtud del beato Felipe inmediatamente después de su ingreso, presentándose a la Curia romana, que en ese tiempo estaba en Nápoles, solicitaron del mencionado Papa Alejandro IV, y el mismo año, es decir, el primero de su pontificado, que en todos los lugares de su propiedad pudiesen levantar las casas necesarias, el oratorio y la campana, y construir el cementerio,<sup>131</sup> consiguiendo así el primer privilegio de la Orden. Por eso hay que tomar en consideración todo el bien que recibieron nuestros Padres por las oraciones del beato Felipe al entrar en la Orden.

En realidad, si bien antes de su ingreso nuestros frailes poseyeran muchísimos lugares propios para sus reuniones, en ese tiempo no tenían autoridad para levantar el oratorio y la campana y establecer el cementerio; por lo tanto, hasta aquel entonces, aunque construyeran altares para su consuelo en lugares propios y con la autoridad del Ordinario, sin embargo no lo podían hacer de ninguna manera en virtud de un privilegio. Con ese privilegio pues obtuvieron dicha autoridad, no solamente para los lugares que entonces ya poseían, sino también en todos aquéllos que más tarde hubiesen podido aceptar en las diferentes partes del mundo.

57. Así como la luz, por naturaleza no puede permanecer largo tiempo escondida, sin que al final no manifieste a los hombres su propiedad, y aunque el beato Felipe hiciera lo posible para ser recibido en la orden como lego, deseando que su ciencia quedara escondida y viviera en esta condición por casi cuatro años completos, siendo considerado por todos los frailes como un laico, su sabiduría fue descubierta por nuestra Señora, permitiendo Ella misma que se declarase según las circunstancias en su *leyenda*. Además en este tiempo en que se supo de su ciencia, como él *crecía delante de Dios y de los hombres*,<sup>132</sup> así también la Orden se veía incrementar gradualmente al estilo de la naturaleza. Por lo tanto, presentándose nuestros frailes a la Curia, que entonces estaba en Anagni, con el mismo Papa Alejandro, en el cuarto año de su Pontificado, es decir, en 1258, obtuvieron otro privilegio, el de poder recibir para la sepultura a los que hubiesen escogido ser enterrados en nuestros conventos.<sup>133</sup> Se supone, por cierto, que este segundo privilegio confirme el anterior, mediante el cual se les concedió a nuestros frailes el poder administrar lugares eclesiásticos, con oratorio, campana y cementerio; éste pues amplió dicha concesión en favor de otra gente, por lo cual resulta que nuestros lugares son reconocidos oficialmente por la Iglesia.

58. No cabe duda que nuestra Señora respaldó a los frailes de nuestra Orden por los méritos del beato Felipe, con el primer privilegio acerca de los lugares aptos para construir, y con el segundo de poder recibir para la sepultura a los que prefiriesen ser inhumados cerca de ellos.

Pero nuestros frailes no tenían aún autoridad apostólica para convocar al capítulo general y elegirse el prior general; de todos modos, siempre que fuere necesario y habiendo recibido de

---

<sup>130</sup> Cfr. Mt 5, 15; Lc 8, 16; 11, 33.

<sup>131</sup> Ciertamente no es este el primer privilegio que la Santa Sede ha concedido a la Orden. La bula (*Vestre devotionis precibus*), del 26 de mayo de 1255, dirigida al prior y a los frailes de monte Senario, no habla de la campana del oratorio, contrariamente a lo que afirma la LO.

<sup>132</sup> Lc 2, 40.52.

<sup>133</sup> La bula es del 1º de abril de 1259 (*Religionies vestre*). El privilegio de las sepulturas, uno de los más ambicionados por el clero parroquial por motivos económicos, había sido solicitado por el capítulo general del 5 de septiembre de 1257. Por lo que el Papa dio su respuesta aproximadamente un año y medio después.

nuestra Señora el Hábito y la Regla por medio del beato Pedro mártir, ya convocaban a capítulo, y en ellos elegían al prior general, por motivo de cierta ingenuidad e ignorancia del Derecho, y se trasladaban en seguida a la Curia para confirmar la elección. No obstante se acercaba la hora en que nuestra Señora juzgaba conveniente poner sobre el candelabro de la Orden al beato Felipe, a fin de que, al tiempo de su elección, los frailes fueran investidos de la autoridad apostólica para celebrar el capítulo y elegir en ello al general, quien podría corregir a los frailes de nuestra orden y ejercer los demás deberes inherentes a su cargo. Y cuando el beato Felipe fue promovido, nuestra Señora, también por los méritos del beato Felipe, concedió a la Orden un nuevo favor, más grande de los ya obtenidos.

59. El año del Señor 1263, segundo del pontificado del Papa Urbano IV, habiendo sido promovido a la dignidad sacerdotal el mismo beato Felipe, fray Jacobo de Siena<sup>134</sup> fue elegido general por los frailes del capítulo general, apresurándose, de inmediato, a ir a la Curia con unos frailes de nuestra orden para su confirmación.

En ese tiempo desempeñaba el cargo de protector de la Orden el Cardenal Octobono<sup>135</sup>, genovés, del título de san Adrián. Sabiendo éste que nuestros frailes no tenían privilegio alguno por el que pudiesen convocar a capítulo y elegir en el mismo al prior general y fijándose, sin embargo en el aspecto que eran hombres de gran santidad, inspirado por nuestra Señora y cautivado por la virtud del beato Felipe, se propuso desde entonces a solicitar del Sumo Pontífice tal privilegio para nuestra Orden.

Cuando pues nuestros frailes se presentaron en Consistorio para impetrar este privilegio, permaneciendo hincados frente al Sumo Pontífice y a los Cardenales, y el señor Octobono suplicaba con mucha insistencia al Sumo Pontífice para conseguir tal privilegio, el Papa contestó que el conceder ese privilegio equivaldría, ni más ni menos, a aprobar una nueva Orden. Entonces el señor cardenal Octobono, oyendo esto, replicó así al Pontífice: “Bajo mi responsabilidad, señor, otorgad este privilegio a estos frailes, puesto que se encuentran dignos de obtener esta gracia de vuestra dignidad, por la santidad que yo siento emanar de ellos”. E igualmente poniéndose de pie todos los Cardenales, habiendo suplicado también ellos en favor de ese privilegio al Sumo Pontífice, por amor de nuestra Señora y del reverendo cardenal Octobono, el Papa contestó: “Tomando en cuenta, dijo, que el señor Cardenal Octobono declara el poder atestiguar con certeza sobre la santidad de estos frailes, yo, por amor de la Virgen María, de la cual ellos se llaman popularmente Siervos, exijo que se les cumpla esta gracia”.

Por lo tanto, habiendo aprobado su solicitud, para mayor seguridad sobre el favor concedido, antes que nuestros frailes salieran de la presencia del sumo Pontífice y de los señores Cardenales, el mencionado fray Jacobo de Siena fue solemnemente confirmado general por el mismo Papa Urbano, siendo entonces el primero en lograr esta gracia particular, con la cual quedó confirmado por el Papa<sup>136</sup> como prior general.

60. El Cardenal Octobono recibió el premio del Señor mientras aún vivía, por haber conseguido con sus súplicas el mencionado favor del privilegio. Efectivamente, después de tres años de haberlo

---

<sup>134</sup> Jacobo de Siena, tercer prior general de la Orden (1257-1265), después de Buen Hijo (o Bonfilio) y Bonayunta. Preside el capítulo del 5 de septiembre de 1257 que favorece el desarrollo de la actividad apostólica de los Siervos. Con él, la Orden inicia otras fundaciones en Umbría, Toscana y en Bolonia. Dando la dimisión en el capítulo general de mayo de 1265.

<sup>135</sup> Octobono Fieschi (m. 1276) talvez sucesor, en el cargo de protector de la Orden al primo card. Guillermo Fieschi. El cardenal “protector” tenía la tarea, de parte del Papa, de ayudar a una Orden religiosa en caso de dificultades externas y de vigilar la buena dirección de la vida al interior de ella.

<sup>136</sup> Debe subrayarse que, de las numerosas cartas papales concedidas entonces a la Orden, la LO considera sólo las tres en las que nombra la bula *Dum levamus* del 11 de febrero de 1304, con la cual Bendito XI aprobó definitivamente la legislación de los Siervos de María. No se recuerdan otras bulas, que resultaban comprometedoras después del concilio de León II de 1274.

impetrado, es decir, el año del Señor 1266, muerto el Papa Urbano IV, fue unánimemente elegido Sumo Pontífice por todos los Cardenales; por tanto se nombró a Adrián V. Sin embargo, para que la malicia no alterara su espíritu, y la sutileza de la misma burlara su inteligencia<sup>137</sup> siempre que hubiera permanecido largo tiempo en tal dignidad, el Señor puso un límite conveniente a su vida. Por eso, gobernando sólo un mes, pasó al Señor para recibir por dicho privilegio y por sus buenas obras, el eterno privilegio.

61. Una vez impetrado dicho privilegio, el recordado Jacobo de Siena presidió en la Orden por dos años con toda rectitud de costumbres. En el año del Señor 1265, al tiempo del Papa Clemente IV,<sup>138</sup> primero de su pontificado, fue electo fray Manetto de Florencia, hombre de gran santidad y devoción, de noble presencia y delicado de carácter.<sup>139</sup> Para su confirmación se presentó a la Curia, que en ese entonces estaba en Perugia.

Fr. Manetto gobernó igualmente la Orden por dos años con la santidad de sus costumbres; luego, renunciando a su cargo, fue elegido por todos en forma unánime el beato Felipe, prior general de nuestra orden. En el año del Señor 1267, tercero del Pontificado del Papa Clemente IV, fue elevado a Prior general de nuestra Orden el beato Felipe, el cual se dirigió para su ratificación a la Curia, que entonces estaba en Orvieto, y fue confirmado con todos los honores por el mismo Papa Clemente.

Y con qué procedimiento el beato Felipe fuera elegido y cómo gobernara la Orden y por cuánto tiempo después de su confirmación, y finalmente cómo pasara al Señor, lo presentaremos, si lo desea Nuestra Señora, en su *leyenda*, la que pensamos llevar a término con la ayuda de Dios.

62. Así pues, para alabanza de la Bienaventurada y gloriosa Virgen María, queda manifiesto cómo tuvo principio nuestra Orden y cómo se desarrolló después de su inicio, hasta el momento en que el beato Felipe fue constituido sobre la misma Orden.

Habiendo por ahora terminado esto, para alabanza y honor de la misma Virgen María y con su auxilio, emprendamos el relato, como prometido, de la vida del beato Felipe.<sup>140</sup>

*¡Para alabanza de la Virgen María, termina la ‘Leyenda’  
sobre el origen de la Orden de los frailes  
Siervos de la Virgen María.  
Demos gracias a Dios. Amén!*<sup>141</sup>

---

<sup>137</sup> Cfr. *Sab 4, 10-11*.

<sup>138</sup> Card. Guido Faucoi, nativo de St.-Gilles (Gard) en la frontera con Provenza, papa del 1265 al 1268. El apoyo que otorgó a los Siervos de María así como a las otras Órdenes mendicantes, legado al partido güelfo partidario del papa, se considera también en el contexto de las problemáticas políticas de entonces (entrada de Carlos de Angio en Italia y nueva entrada de los güelfos a Florencia).

<sup>139</sup> Fray Manetto, electo general en el capítulo general de mayo de 1265, pertenece a las personalidades de la primera generación de los Siervos, como lo afirma su participación a la reunión de Cafaggio del 7 de octubre de 1251. La LO lo considera un hombre de “vida santa” y esto explica el por qué haya sido insertado en las listas de los Siete fundadores de la Orden. La mención de su “carácter delicado” talvez quiere sugerir el motivo de la brevedad de su gobierno.

<sup>140</sup> Con esta conclusión el redactor final presenta la impostación de la LO como una premisa al relato de la vida del beato Felipe (cfr. párrafo 6).

<sup>141</sup> Esta segunda conclusión, que confirmaría el título de “*Legenda de origine Ordinis*”, es una evidente añadidura del copista.